

# ETNOARQUEOLOGÍA DE LOS ABANDONOS EN GALICIA EL PAPEL DE LA CULTURA MATERIAL EN UNA SOCIEDAD AGRARIA EN CRISIS

Alfredo González Ruibal\*

*RESUMEN.*- La etnoarqueología de los abandonos de asentamientos se ha centrado en las leyes y modelos generales de comportamiento, subrayando los aspectos socio-económicos. En este artículo queremos destacar especialmente los factores simbólicos: nos ocupamos de abandonos definitivos en el NO de la Península Ibérica, una región donde el cambio cultural está transformando rápidamente una mentalidad del Antiguo Régimen en una industrial y capitalista. Intentamos demostrar cómo este cambio cognitivo puede ser identificado en la cultura material y cómo está siendo usado por los antiguos campesinos como una metáfora para interpretar su propia historia.

*ABSTRACT.*- The ethnoarchaeology of settlement abandonment processes has focused on general behavioural laws and models, underlining socio-economical features. In this paper we wish to put emphasis on the symbolic factors: we deal with final abandonments in the NW corner of the Iberian Peninsula, a region where the cultural change is dramatically transforming an ancient regime mentality into an industrial and capitalist one. We try to demonstrate how this cognitive change can be identified in material culture and how this is being used by former peasants as a metaphor to interpret their own history.

*PALABRAS CLAVE:* Etnoarqueología, Abandono de casas y pueblos, Cultura material, Factores cognitivos, Cambio cultural, Metáfora.

*KEY WORDS:* Ethnoarchaeology, Abandonment of houses and villages, Material culture, Cognitive factors, Cultural change, Metaphor.

## 1. INTRODUCCIÓN. EL ESTUDIO ETNOARQUEOLÓGICO DE LOS ABANDONOS

El presente estudio tiene por base el trabajo de campo realizado a lo largo de los meses de marzo, agosto y diciembre de 1997 y agosto de 1998 en el sur de Terra de Montes, comarca a caballo entre las provincias de Pontevedra y Ourense. A partir de los datos obtenidos, queremos proponer una reflexión sobre cómo y a través de qué mecanismos culturales se incorporan los objetos al registro arqueológico. En relación con esto, también es nuestra intención subrayar la importancia de los aspectos cognitivos y simbólicos en un fenómeno estudiado, hasta ahora, desde posiciones fundamentalmente procesuales en las que ha primado la interpretación funcional y mecanicista y la formulación de "leyes" generales. El hincapié en aquellos aspectos relacionados con la mentalidad no nos impide, sin embargo, tener en cuenta los demás, como se verá a lo largo del trabajo.

Los procesos de abandono de estructuras, asentamientos y regiones son un tema central de la etnoarqueología desde sus orígenes. A continuación veremos algunos hitos en estos estudios y los focos de interés predominantes en las últimas décadas.

Ya Thomson (1939), aunque no era el abandono su objetivo principal, hubo de enfrentarse a los problemas derivados de la desocupación de campamentos, en su caso pertenecientes a aborígenes australianos, con unas conclusiones bastante pesimistas. Si bien la práctica totalidad de estudios etnoarqueológicos tienen en cuenta en mayor o menor medida la distorsión que impone el proceso de abandono, habrá que esperar a Longacre y Ayres (1968) y especialmente a Lange y Rydberg (1972) para encontrar trabajos cuyo interés central sea la desocupación en sí. A los primeros, en su investigación sobre un asentamiento apache, debemos la primera observación etnoarqueológica "moderna", en referencia a la licitud de reconstrucción de actividades a partir del producto de un abandono, con una visión más optimista que la de Thomson.

\* Dpto de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Ciudad Universitaria, s/n. 28040 Madrid.

Lange y Rydberg marcan una metodología paradigmática que volveremos a encontrar en las décadas siguientes: estudian una sola vivienda desocupada recientemente en Costa Rica, utilizan la oralidad y realizan el primer análisis microespacial de que tenemos noticia sobre un abandono. A Schiffer se deben también varias de las directrices que dirigirán la investigación en lo sucesivo. Su primer trabajo fundamental (1972) diferencia los procesos de abandono del uso normal de las áreas de actividad: el ocultamiento de instrumentos, desmantelamiento de estructuras y la interrupción de los modos normales de distribución de objetos son parte de esos procesos (cf. Schiffer 1987: 89-98). Bajo la influencia de los autores citados, hay que entender los estudios de Stevenson (1982) y el más reciente de Rothschild *et al.* (1993). El primero aplica las ideas de Schiffer sobre abandono planeado y no planeado, con retorno anticipado y no anticipado, a casos bien clasificables del río Yukón. Si Stevenson optó por asentamientos mineros de principios de siglo, Rothschild *et al.* (1993) abordan un modelo indígena del suroeste de los Estados Unidos (pueblos zuñi). Es el suyo un enfoque más global y proyectado a largo plazo, lo cual permite observar y documentar procesos completos de abandono, ruina y reutilización de diversos espacios. Sus conclusiones sobre el fenómeno se resumen en la comprensión del despoblamiento como un *continuum*, desde la ocupación a tiempo completo hasta el abandono total e irreversible (para una historia de la investigación véase Cameron 1993).

Al tratar los abandonos, nos hallamos ante fenómenos complejos que cabe estudiar desde distintos puntos de vista: la primera y más simple diferenciación puede trazarse entre aspectos físicos (el derrumbe de un tejado o unas paredes) y aspectos culturales. Por lo que respecta a los primeros, han recibido una especial atención las estructuras de tierra (adobe o tapial) y materiales perecederos (McIntosh 1974; Agorsah 1985; Hodder 1982b: 47-52). Las pétreas, en principio, presentan menos problemas de interpretación (Barker 1986). Los procesos naturales que afectan al registro arqueológico deben estudiarse con la colaboración de ciencias específicas, lo que ha provocado una menor abundancia de trabajos. La obra más completa por el momento es la editada por Nash y Petraglia (1987). Probablemente las propuestas más interesantes sean aquellas que, como la ya citada de Rothschild *et al.* (1993), tienen en cuenta tanto los factores materiales como los sociales de los abandonos.

Las cuestiones culturales, por ser más propias de las ciencias sociales, han tenido un mayor eco entre los investigadores. El estudio de lo que Schiffer llamó *C-transforms* (1987) se ha abordado principalmente, si no de forma única, desde presupuestos, sean sociales o económicos, claramente procesuales. Este enfoque perdura en los trabajos más recientes, como lo de-

muestra Stone (1993), por poner un ejemplo, que habla del "abandono agrícola" como una respuesta adaptativa entre campesinos nigerianos y colonos del este de Estados Unidos durante el siglo XVII. La influencia de la ecología cultural es evidente en éste y otros estudios similares, pero hoy es bastante general la opinión de que el enfoque cientifista que reducía los procesos de abandono a unas pocas fórmulas, leyes y simplificaciones ha perdido interés explicativo. Pese a ser de indudable utilidad, por ejemplo, las dualidades de abandono planeado/no planeado, permanente/temporal (véanse en Kent 1984, 1990; Stevenson 1982; Tomka 1989; Brooks 1989), es evidente que el profundizar en esos conceptos con semejante planteamiento teórico no nos conduce mucho más lejos en la comprensión de los procesos de despoblamiento. No menos peso en la investigación ha tenido la distinción de la forma en que nómadas, seminómadas o sedentarios (por ejemplo, Cameron 1991) dejan sus asentamientos.

Los aspectos simbólicos, cognitivos o mentales que han podido tener su papel en el despoblamiento de un lugar raramente se han tenido en cuenta. La disciplina etnoarqueológica, por otro lado, debe mucho —su propio nacimiento— a la Nueva Arqueología. Uno de sus padres, Binford (1976), fue también de los primeros en ofrecer una investigación etnoarqueológica tal como se puede concebir hoy en día y en concreto sobre el tema que nos ocupa. Tal herencia, y la crítica postura del post-positivismo respecto a la forma de hacer etnoarqueología (Hodder 1982a, 1982b, 1994: 119-132), han dejado un vacío en la investigación de la formación del registro arqueológico con presupuestos cognitivos que debería ser subsanado. Probablemente también se pueda explicar ese vacío por la creencia de que se trata con procesos en los cuales lo simbólico tiene poca cabida.

A partir de los noventa se advierte cierto cambio hacia visiones más complejas, como la de Brooks (1993) que observa el fenómeno que nos ocupa ligado siempre de forma dinámica a otros aspectos dentro del grupo social en que se produce, no como un aspecto último y marginal, ni como mero "factor perturbador" del registro (Horne 1993: 52). Más en la línea de las interpretaciones cognitivas, M. Stevanovic (1997) ha propuesto —para un caso arqueológico— una visión fundamentalmente simbólica. Trata el caso de la destrucción y reconstrucción de viviendas en la cultura de Vinça como una cuestión ritual y aporta diversos ejemplos etnográficos, en los cuales el abandono se debe a causas no funcionales (*Ibid.*: 386). Sería interesante tratar de ofrecer enfoques similares desde contextos mucho más explícitos como son los que nos proporciona la arqueología contemporánea y la etnoarqueología.

Una de las cuestiones clave en el estudio de los abandonos es el desecho, aquello que queda en el

lugar tras la marcha de sus habitantes. Nuevamente aquí los enfoques han sido de tipo fundamentalmente funcionalista o económico (Binford 1977; Murray 1980; Cannon 1983; Schiffer 1987; etc.). Es evidente, sin embargo, que lo simbólico juega en esto un importante papel, que varía según las culturas (Hodder 1982b: 62-63; Deetz 1996: 172). Es difícil entender el valor de los objetos en culturas que no son la nuestra y comprender qué es lo que puede tener una connotación sentimental, económica o simbólica. Además, hemos aplicado habitualmente nuestra mentalidad consumista y capitalista a contextos que no lo son en absoluto (situaciones de “no consumo” o “anticonsumo”, Flores 1979: 305). En este sentido, Moore (1982: 75) señala que los investigadores tienden a asumir que todos los elementos que nosotros denominamos “basura”, son considerados así también en otras culturas, para las cuales buena parte del desecho que generan no tiene cabida en el citado concepto. Del mismo modo, la clasificación de desecho primario, secundario y *de facto* (Schiffer 1987), aunque de evidente interés, puede ocultar, por su esquematismo, cuestiones fundamentales en la relación de los individuos y su producción material. Así, frente al clásico estudio de los diversos “efectos” o “leyes” que condicionan la deposición del desecho (el recorrido de la basura desde que se genera hasta que se deposita definitivamente, por ejemplo, Deal 1985; ver un resumen en Fernández Martínez y Fernández López 1991), cabría situar los aspectos más propiamente derivados de los usos culturales de una sociedad (Baer 1991): qué se tira, cómo, cuándo y por qué. Muchos de los estudios relacionados con la disposición de lo abandonado son demasiado obvios para que tengan un gran valor interpretativo.

Sería imposible hablar de abandono de edificios sin pensar en éstos mismos. La antropología de la vivienda y los enfoques etnoarqueológicos (véase, sobre todo, Kent 1990) han basculado desde la interpretación funcionalista de los espacios (un tipo de casa para un tipo de sociedad) hacia visiones más holísticas, en las cuales el estructuralismo ha tenido una indiscutible influencia (Needham 1973; Glassie 1975; Hodder 1982a, 1982b; Deetz 1996). Por lo que a nosotros respecta, nos inclinamos por concepciones como la de Kus (1997: 206) que observa la vivienda como “representación y reproducción del cosmos” y “uno de los símbolos más críticos del orden social”, concepciones que son habituales desde hace décadas en la antropología. Referido al caso gallego, Fernández de Rota (1994: 411) dice que la casa es “el *sitio* donde se viven en intimidad e intensidad humana los más relevantes y paradigmáticos momentos”.

Por último, es necesario hacer referencia a la escala del estudio: puede centrarse en un solo edificio, un pueblo o un campamento, varios pueblos o una región entera. Cameron (1993: 4-6) distingue sólo una

escala regional y una interna del yacimiento. En nuestro caso, hemos preferido abordar el abandono desde los tres puntos de vista arriba referidos, a los que denominamos escala regional, del asentamiento y de la estructura.

## 2. LOS ABANDONOS EN ESPAÑA Y GALICIA

El abandono actual de las estructuras en nuestra zona tiene una raíz similar al del resto de Galicia y buena parte de España: la emigración y el éxodo rural hacia las ciudades. Tales fenómenos son habituales en las más diversas áreas y períodos históricos, por lo que no creemos necesario citar paralelos. En el caso de España, la emigración es un fenómeno que toma cuerpo especialmente a partir de 1880 —dentro de una coyuntura mundial de desplazamientos a gran escala— y que perdura hasta los años 60, momento en que se produce la última salida masiva (hacia países de Europa). La fase fundamental es la comprendida entre la última década del siglo pasado y 1930. A partir de los años 70, merced al desarrollo económico del país durante la década previa, el recurso a la emigración ya no resultará tan necesario. Es entonces (años 70 y 80) cuando regresan buen número de emigrantes para afincarse de nuevo en España. La mecanización del campo desde fines de los años 50 y la urbanización son dos factores importantes en el proceso que lleva al final de las estructuras (sociales y económicas) más arcaicas del campo español y especialmente gallego (donde las transformaciones empiezan a operar en los años 70). El envejecimiento de las poblaciones rurales y su falta de regeneración son los problemas más actuales. Como conclusión a un estudio sobre arquitectura popular gallega, Llano (1980: 455) presenta una serie de causas que han motivado la despoblación de los lugares y pueblos y sus construcciones tradicionales. Las tres más pertinentes a nuestro trabajo son las siguientes: la falta de una reforma agraria a tiempo que hubiera evitado la transferencia hacia el sector terciario; la crisis de la economía rural tradicional y el surgimiento de nuevas formas de producción, que conllevarían la aparición de estructuras más útiles para los nuevos usos (“al menos teóricamente”) y, por último, la vuelta de los emigrantes (esto último para las estructuras).

La migración y el éxodo rural han sido objeto de muchos y muy exhaustivos estudios que no es el caso presentar aquí. El enfoque de la mayoría es de tipo histórico o geográfico. Cuando se trata de investigar los despoblados y su distribución es la Geografía la que, desde antiguo (por ejemplo, Aznar 1930), más concienzudamente ha abordado el tema; de una forma, además, en cierto modo similar a la de etnoarqueólogos y arqueólogos. De hecho, es la obra conjunta sobre

pueblos deshabitados de Asturias (V.V.A.A. 1989), enfocada desde un punto de vista principalmente geográfico pero de carácter multidisciplinar, uno de los pocos ejemplos de aproximación material a los abandonos, aunque su visión es, no obstante, básicamente patrimonial (valor cultural de los edificios tradicionales). El despoblamiento de regiones ha sido también estudiado de forma histórica (García Martín 1982). Sin embargo, las conclusiones, se trate de la zona de España que se trate, son siempre las mismas: el éxodo y el consiguiente despoblamiento tienen como causa primera y más evidente la miseria de los emigrantes, que se ven obligados a abandonar sus hogares, aunque se aduzcan otras motivaciones (Sánchez Alonso 1995). Recientemente, parece que asistimos a una revisión crítica del fenómeno en diversas zonas de España, especialmente en Galicia (Liz 1991), donde se trata de una cuestión historiográfica preferente. Aspectos más sociológicos, como la figura del indiano o la mentalidad del emigrante (Álvarez Campos 1995), empiezan a jugar un papel importante en la investigación. De todas formas, no encontramos aún interpretaciones desde el punto de vista material (o que tengan en cuenta este factor) sobre el abandono de aldeas y pueblos. Se trata de un campo inédito en nuestro país y que puede dar frutos sorprendentes, siempre y cuando se ofrezcan interpretaciones que vayan más allá de la mera descripción de los procesos de ruina.

### 3. EL CASO DE ESTUDIO

#### 3.1. El área de estudio (Figuras 1 y 2)

Escogimos como zona de estudio el sur de la Terra de Montes, área que abarca parte de dos provincias (Pontevedra, principalmente, y Ourense) y cuatro municipios (Cerdedo, Forcarei, Lalín y Beariz), lo que supone unos 100 km<sup>2</sup>. Se trata de una zona de relieve abrupto (surcada por los Montes do Testeiro), dominada por el monte bajo (tojós, retama) y el bosque de frondosas (robles y castaños) y regada por abundantes arroyos de escaso caudal. Se comunica de forma natural con la costa, a través del valle del Lérez (Pontevedra se encuentra a 30 km de Cerdedo), y el interior (Ourense está a unos 50 km del límite oriental de nuestra región). Otra vía tradicional lleva a Santiago de Compostela, 50 km al norte. Los puntos más altos son el Seixo, Costoia y San Benito, que alcanzan en torno a los 1.000 metros de altura, mientras que la altitud media es de 600 metros.

La economía ha sido fundamentalmente de subsistencia y autoabastecimiento: en ella han predominado el ganado bovino, el maíz, el centeno, las patatas y el lino (éste último ha desaparecido por completo). Por lo que se refiere a la distribución de la tie-

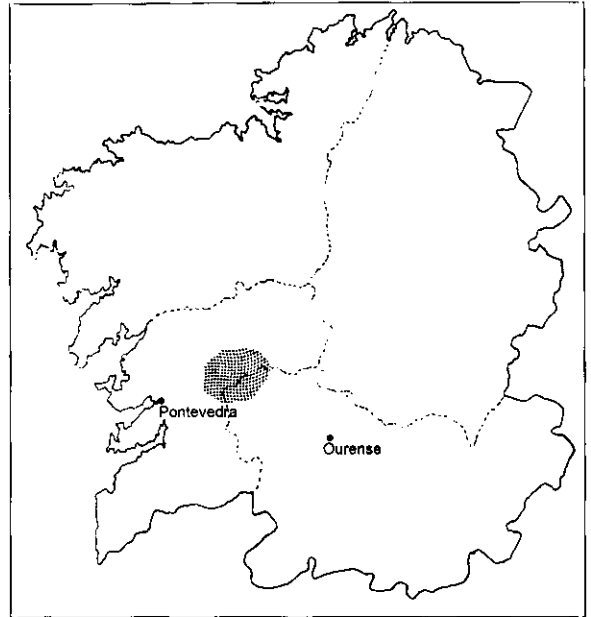


Fig. 1.- Zona de estudio dentro de Galicia.

rra, el paisaje aparece caracterizado por un acendrado minifundio (0,3 Ha es el promedio de tamaño de las explotaciones). Si a ello unimos una elevada demografía, es fácilmente explicable la importancia que en la comarca ha tenido la emigración. Consecuencia última de este proceso es el grave descenso de poblado-

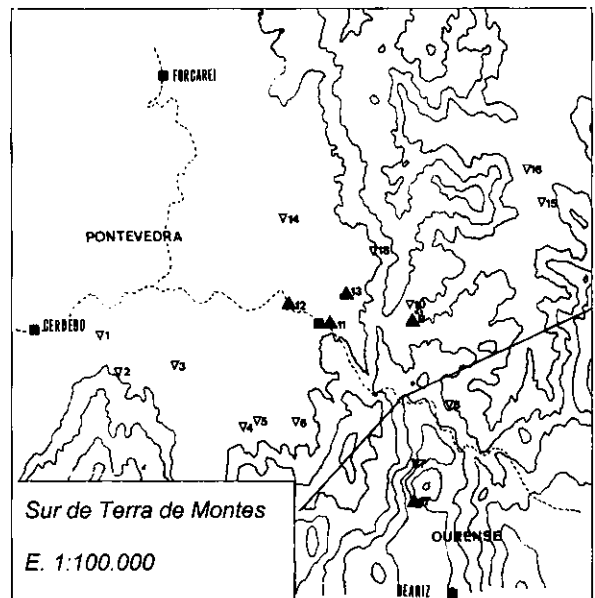


Fig. 2.- Detalle de la zona de estudio: 1) Barro; 2) Carballás; 3) Presqueiras; 4) Penalva; 5) Pousada; 6) Fixó; 7) Lebozán; 8) Arnelas; 9) A Graña (Trasdomonte); 10) Codesás-Badaolo (Trasdomonte); 11) Soutelo; 12) Vilapouca; 13) Sanguñedo; 14) Quintelas; 15) A Trigueira; 16) Portomartín; 17) Alvite; 18) Vilaríño. Cuadrado negro: lugar central; triángulo negro: edificio citado en el texto; triángulo blanco: aldea citada en el texto. Las vías de comunicación son: según E-O, Pontevedra-Ourense y según N-S, hacia Santiago de Compostela.





Lám. 1.- Vivienda estudiada en Vilapouca. La restauración con ladrillo obedece a una reutilización de la estancia como pajar.

res que ha experimentado la zona desde mediados de siglo: en las primeras décadas se contaban en el municipio de Forcarei 10.000 personas y hoy apenas llegan a 5.500. Los principales receptores de emigrantes han sido América Latina, Estados Unidos, Suiza, Francia, Alemania, Andorra y los focos industrializados de España. La presencia del indiano en la sociedad de la región ha sido así fundamental: en el estudio de los abandonos, como veremos, juegan un papel de primera importancia. No lo es menos el hecho de que los emigrados fueran sobre todo hombres, con lo que la población que quedó fue de niños, ancianos y mujeres. A éstas últimas correspondió, de esta forma, un rol preponderante en la vida económica y social de la comarca (véase un caso similar etnoarqueológico en Lange y Rydberg 1972 y etnográfico en Bretell 1986).

La elección de la zona vino dada por sus características económicas, sociales e históricas: se trata del área dentro de la Terra de Montes donde se concentra un mayor número de aldeas despobladas. Al norte de la zona de estudio se ha producido una mecanización y mejoramiento de las explotaciones que han frenado el éxodo rural. El sur de la comarca que tratamos vive fundamentalmente de rentas y pensiones, la edad media de la población es elevada y el abandono de edificios un fenómeno general. Por otro lado, la cultura material que encontramos en las estructuras abandonadas es todavía, en buena medida, la tradicional, buen reflejo de una sociedad agrícola preindustrial y autárquico. Asimismo, un factor importante de elección resultó el carácter arcaico de la cultura tradicional gallega en general. Como señalan Hervés y otros (1997: 165): "...percibimos en Galicia una notable continuidad en la organización, las formas de sociabilidad, las mentalidades, etc. del mundo rural -lo que una reciente corriente historiográfica ha denominado 'persistencia del Antiguo Régimen'-". Los mismos autores señalan que la dialéctica entre continuidad y cambio "se convierte en la clave explicativa de cualquier interpretación".

Para llevar a cabo nuestro estudio visitamos casi todas las aldeas de la zona elegida (en tomo a 50), de las cuales utilizamos principalmente 18 en la investigación (Figura 2): Carballás y Barro en Cerdedo; Penalva, Presqueiras, Forcarei, Vilapouca, Soutelo de Montes, Sanguñedo, Vilariño, A Madalena, Quintelas, A Graña, Badaolo y Codesás (estos tres los citamos a veces colectivamente como Trasdamente) en Forcarei; Portoñiartín y. A Trigueira en Lalín; Lebozán y Alvite en Beariz. Cerdedo, Forcarei y Lalín pertenecen a Pontevedra y Beariz a Ourense. Algunos de los núcleos reseñados, sobre todo Quintelas, nos permitieron observar la actividad de los contextos sistémicos, más que los abandonos.

Dentro de los 18 núcleos elegidos para un estudio pormenorizado, seleccionamos algunos edificios concretos: en Soutelo, dos viviendas; otras dos en Sanguñedo; una en Vilapouca (Lámina 1); una casa y un edificio multifuncional en Alvite; una casa en A Graña. El análisis consistió en fotografiar las construcciones y los materiales *in situ*, levantar planos a escala 1/50 de edificio y objetos y estudiar cualitativa y cuantitativamente el registro mueble y su disposición espacial.

### 3.2. Las estructuras estudiadas

Dentro de los edificios señalados, las casas de Soutelo- 1 y Vilapouca son paradigmáticas de la arquitectura popular de la zona: en los planos (Figuras 3 y 4) figura la planta baja, dividida en establo y cocina. En el piso superior se disponen las habitaciones y a veces un salón (que apenas se utiliza). Soutelo-1 se dejó de habitar en 1956 (aunque continuó en uso parcialmente para guardar útiles agrícolas) y Vilapouca entre 1967 y 1970. El tipo de objetos abandonados es muy similar: vajilla y elementos de cocina, aperos agrícolas y ganaderos (carros y arados en Soutelo, azadas, legones, hoces), útiles de trabajo (tejido, cantería, carpintería, etc.), algunas prendas de ropa y cestería.

Soutelo-2 y Sanguñedo-2 (Figuras 5 y 6) son típicos ejemplos de viviendas pobres. No existe la gran cuadra de los casos anteriores; En el caso de Soutelo, el piso de abajo alberga un pequeño establo y la cocina, en el piso superior se encontraban las camas. En Sanguñedo, en una sola planta se disponen dos habitaciones, una cocina-alacena y una entrada-establo. Soutelo-2 se abandonó como vivienda en 1930 y a partir de 1949 se usó como pajar; hace unos 20 años que está abandonada por completo. Sanguñedo-2 también se desocupó como vivienda hace un par de décadas y tras usos parciales fue completamente abandonada en 1992. En Soutelo encontramos un inventario casi únicamente agrícola: carro, yugos, grada y *sachadeira*. De la primera ocupación no se conserva nada: algo lógico si pensamos, siguiendo a Cameron y Steven-

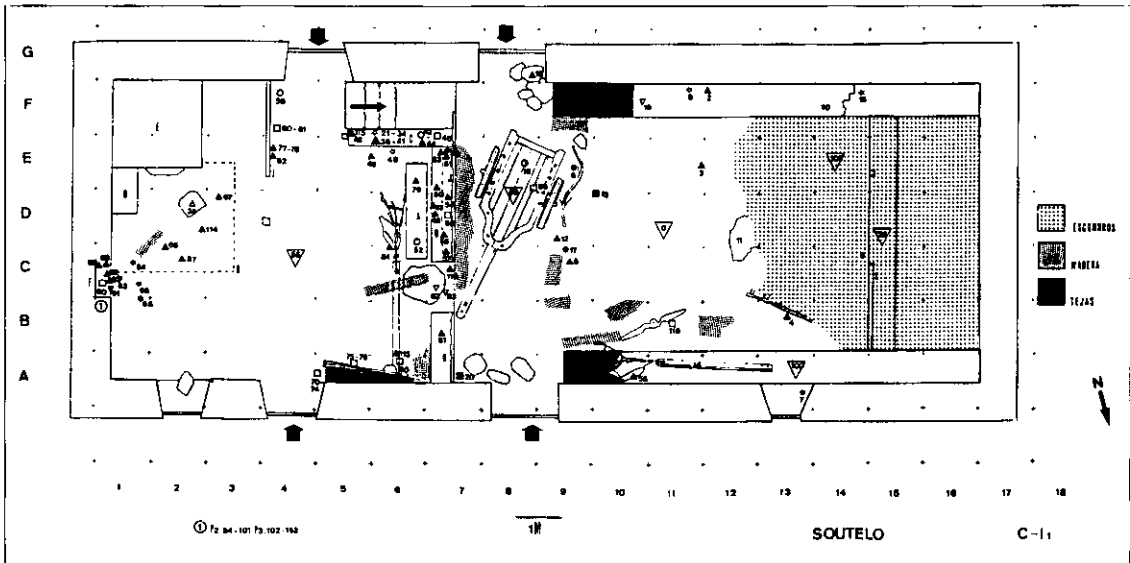


Fig. 3.- Plano de la planta baja de la vivienda Soutelo-1. Leyenda de todos los planos: triángulo: objeto metálico; cuadrado: objeto de madera; asterisco: objeto de cuero; estrella: botella.

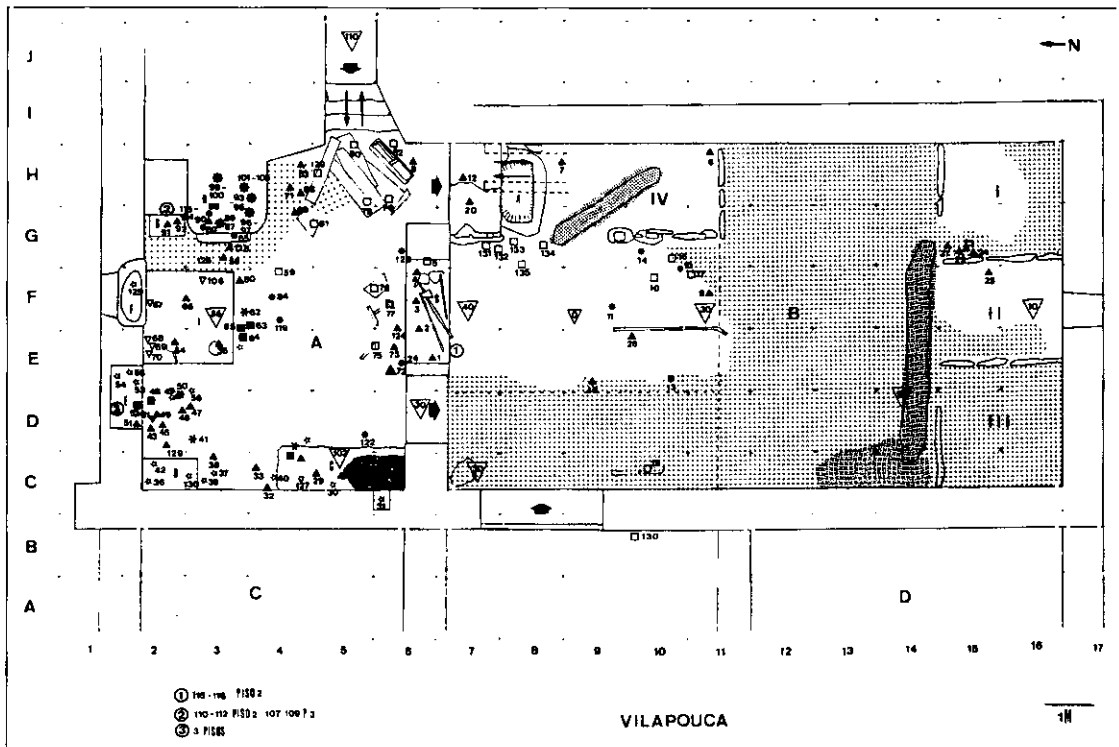


Fig. 4.- Plano de la planta baja de la vivienda de Vila Pouca.

son (1993: 194), que un buen porcentaje de las estructuras que observamos presentan elementos que “son resultado de actividades que tuvieron lugar durante las fases tardías y de abandono de la ocupación; esas actividades pueden estar asociadas a comportamientos bastante diferentes a aquellos que se dieron durante los primeros períodos de ocupación”. En el edificio de Sanguñedo, donde la mayoría de los objetos son también de la última ocupación, hay un número abun-

dante de intrusiones, aunque algunos objetos (restos de camas, útiles de cocina e higiene) permanecen en el lugar del contexto sistémico.

Sanguñedo-1 y Alvite-1 (Figuras 7 y 8) son casas populares también habituales: en el primer caso la planta baja acoge una cocina y un pequeño establo, separado por un tabique y reutilizado como espacio multifuncional. En Alvite-1 sólo figuran en el plano dos almacenes y un espacio techado donde se guardaba

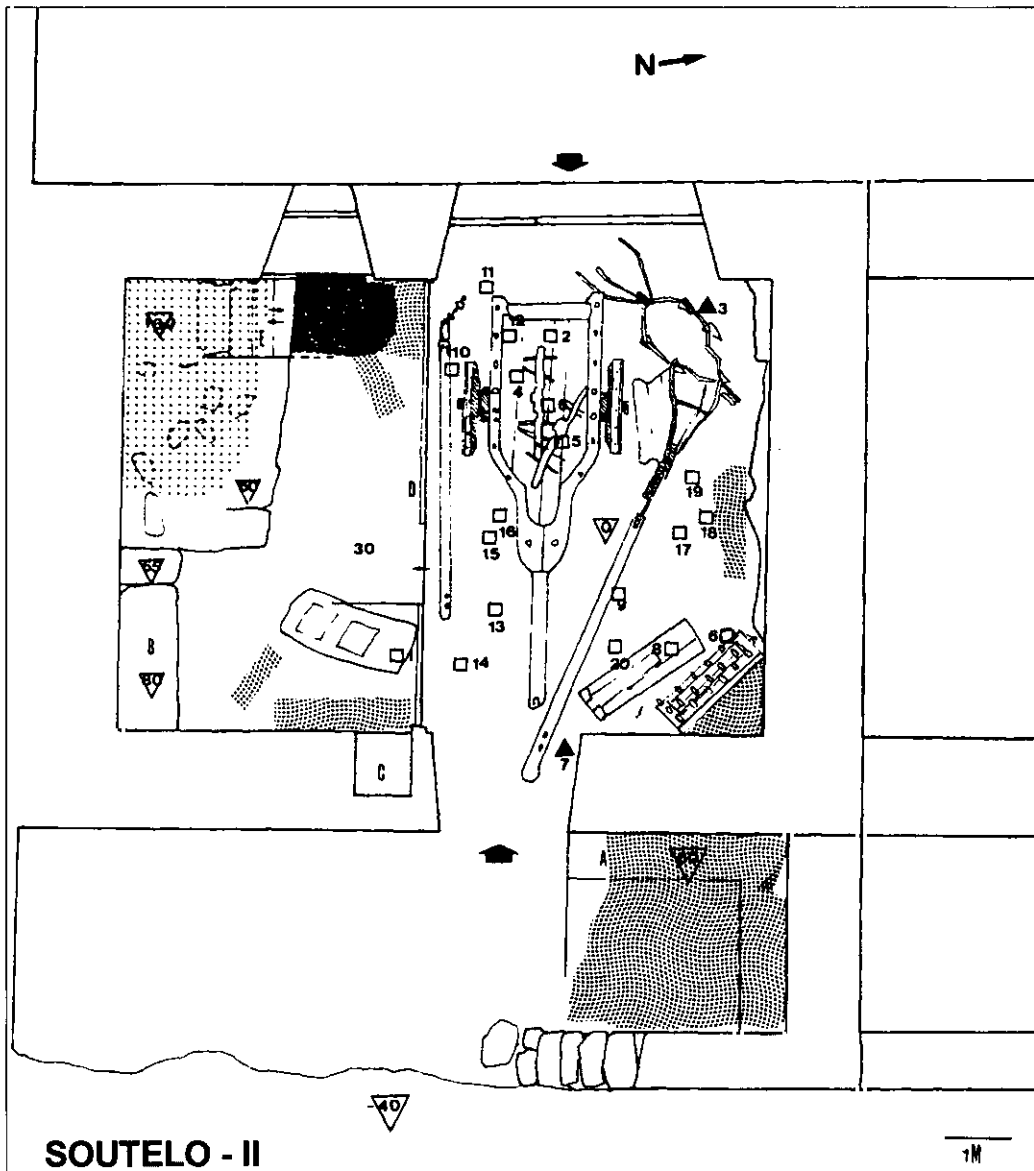


Fig. 5.- Plano de la planta baja de la vivienda Soutelo-2.

el carro y los grandes aperos agrícolas. La cocina se sitúa a la derecha y los dormitorios arriba. En Sanguñedo-1 se encuentran aperos agrícolas (yugo, hoces, mazos de maíz, mazadero de maíz, guadañas, cestos, *gallas*, rejas de arado), útiles de trabajo (sierras, serruchos, cinceles, mazos de lino), cacharros de cocina, elementos de vestido (zuecos de madera), diversos objetos de uso doméstico (candiles), etc. Hay también varias intrusiones recientes. En Alvite-1 encontramos objetos de cocina, elementos agrícolas (arados, azadas, legones), útiles (azuela de carpintero, cinceles, sierra) y algunas intrusiones. Sanguñedo se abandonó entre 1962 y 1965. De Alvite no tenemos referencias pero seguramente se date en fechas similares o ligeramente más recientes. Alvite-2 es un gran horno exento reutilizado en varias ocasiones con diversos fines. Aún si-

gue en uso como almacén de muebles (Figura 9).

A Graña (Figura 10) es un caso excepcional. Deshabitada en 1977, se trata de un edificio que ha crecido desde el siglo XVIII por agregación de estructuras, lo que explica su extraña morfología. No creemos conveniente explicar aquí toda la estructura: es necesario saber que en el primer piso se observa, de abajo a arriba en la Figura 10, una alacena, la cocina, el pasillo de acceso a la cuadra y el resto de las habitaciones, y una zona de dormitorios con salón al fondo (sector I). El sector II, a la derecha del anterior, contiene dos habitaciones de uso agrícola (pajar, almacén de grano, herramientas, leña, patatas, etc.) y el sector III es un pajar al que se ha de acceder desde el bajo (una buena descripción de interior de casas tradicionales gallegas, muy similares a las nuestras y en

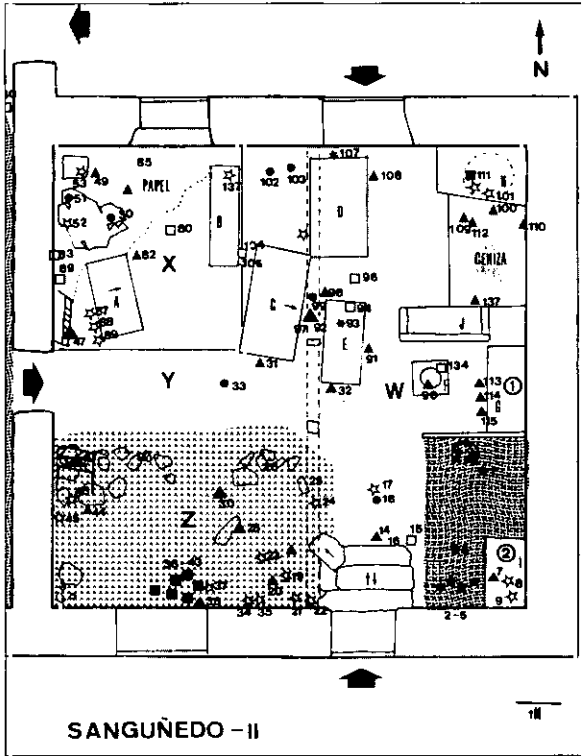


Fig. 6.- Plano de la planta baja de la vivienda Sanguñedo-2.

contexto sistémico, se puede ver en Risco 1993: 9-11). La cantidad de objetos y actividades identificadas es excepcional. Aunque hay un gran número de intrusiones recientes, contamos cerca de trescientos objetos tradicionales (el total es de medio millar). Yugos, hoces, azadas, legones, guadañas, elementos de arado, cestas, carro, *sachadeira* y un largo etcétera pertenecen al campo agrícola; una vajilla entera, muchos elementos de cristalería y cubertería, varias cerámicas tradicionales, ollas y potes al de la cocina; abundantes elementos de vestido, artesanales, domésticos en general, mobiliario, etc. permiten reconstruir con fiabilidad la vida en esta vivienda hace medio siglo.

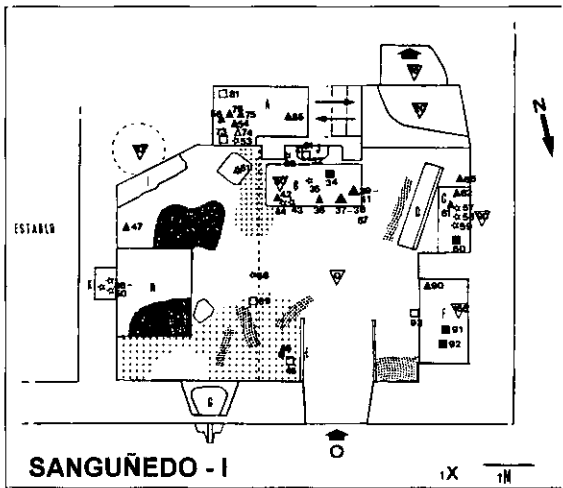


Fig. 7.- Plano de la cocina de la vivienda Sanguñedo-1.

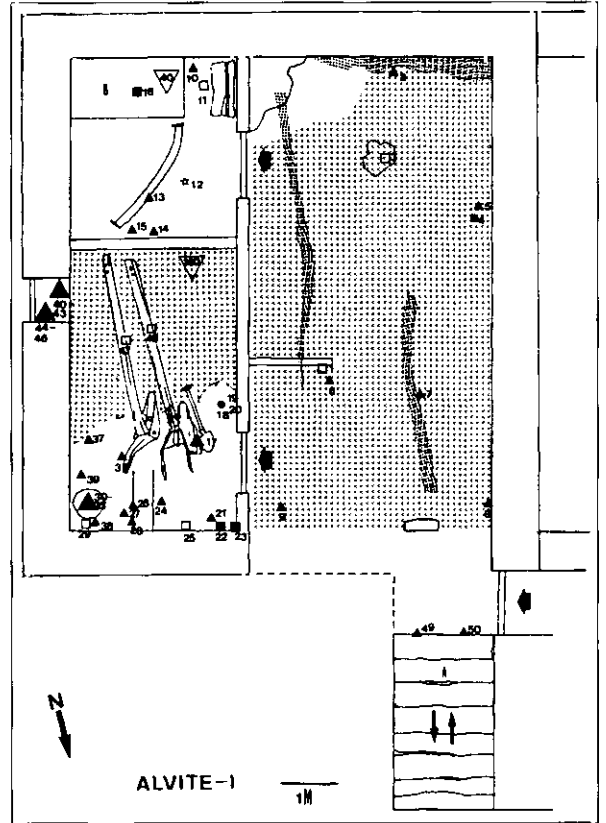


Fig. 8.- Plano de la planta baja de la vivienda Alvite-1.

#### 4. LA REGIÓN: LUGARES CENTRALES Y MARGINALES

Cuatro son los lugares centrales en el área: los tres ayuntamientos (Cerdedo, Forcarei y Beariz) y un pueblo (Soutelo de Montes). Las causas de su centralidad no revisten mayor misterio: son lugares situados en vías importantes de comunicación, dotados de órganos de administración y servicios, en general con una tradición histórica como núcleos relevantes (en el caso de Soutelo marcada por una feria). Pese a tratarse en todos los casos de pueblos (con menos de 1.000 habitantes), la gente los contraponen a las aldeas, de la misma forma que se podría contraponer ciudad y campo. Se les denomina *vilas* (villas) y gozan de un prestigio que obedece, sobre todo, a que han abandonado el sector primario (la agricultura) y viven de los servicios (comercios y administración), algo en que los emigrantes regresados han tenido mucho que ver (Rodríguez González 1997: 117).

Su propia arquitectura es un remedo caricaturesco de la de las ciudades (Lorenzo 1982: 117): edificios de pisos y aglomeración del núcleo urbano (pese a no haber problema alguno de suelo), uso de materiales sintéticos y alógenos (sobre todo granito de Porriño, auténtico símbolo de estatus). Por lo que se refiere a la primera característica, se trata de lo que

García León (1996: 228) define como “incongruencia entre medios y fines”. En nuestras conversaciones con vecinos de aldeas circundantes, ha surgido en múltiples ocasiones la expresión de su deseo de vivir en los centros citados. Muchas veces tal deseo no era razonado en términos funcionales, sino más bien simbólicos (allí es donde está la “gente bien”, las casas “modernas” o, simplemente “aquello es otra cosa”). Aunque no despreciemos las ventajas funcionales, que son de primer orden (cercanía de los comercios, del transporte a las grandes ciudades, ocio, etc.), hay que tener en cuenta lo que señala Sánchez Jiménez (1982: 25): el campesino “constata su pobreza y atraso rurales porque precisamente ha sido instado a hacer suyo el sistema de valores de la ciudad, que define lo que es riqueza y pobreza, progreso y atraso, culto y zafio”. Cuando se alaba Soutelo, lo que se está loando son sus características urbanas, todo aquello que ha hecho que se diferenciara del mundo rural tradicional. En una línea similar se expresa Flores (1979: 300): “La ciudad –la urbe– era, entre otras cosas, la representación de la cortesía y buenos modales de los que, por supuesto, se pensaba carecía el habitante de los medios rurales”. Así pues, ya que es imposible parecerse a una ciudad por la mentalidad (que entraña una educación específica), es necesario que parezca que se tienen esos “buenos” modales, entre ellos la limpieza: la arquitectura tradicional parece “sucía” a los ojos urbanos.

Este fenómeno podría considerarse la versión reducida de lo que a una escala mayor ha sucedido en Galicia con las villas o pequeñas ciudades (Lalín, A Estrada, Carballiño, Silleda son las más cercanas al área que nos ocupa) y los pueblos de su *hinterland*. Así, Rodríguez González habla de la “aparición de comportamientos urbanos en las villas rurales” (1997: 118), perfectamente identificables en pueblos que actúan como lugares centrales (téngase en cuenta que en la región de estudio hay un vacío de auténticas villas, situadas todas más allá de un radio de 30 km.). El crecimiento de estos núcleos contrasta con el estancamiento o declive de las aldeas circundantes.

El estatus de los lugares marginales se fundamenta igualmente en razones económicas y simbólicas. Por lo que respecta a las segundas, basta con darle la vuelta a lo expuesto previamente: son sitios donde prima la arquitectura tradicional, el sector primario, la edad media de sus habitantes es más elevada, la renta menor. En nuestras últimas encuestas, sin embargo, atendíamos ya a un proceso contrario de revaloración de lo marginal, fruto, sin duda, de los medios de comunicación: se aprecia el paisaje, lo rústico, lo tradicional. García León (1996: 222) habla del paso “de una intensa valoración de lo urbano a su crítica franca”; pero esto es algo –al menos en nuestro caso– aún muy incipiente, que se aprecia “para la exporta-

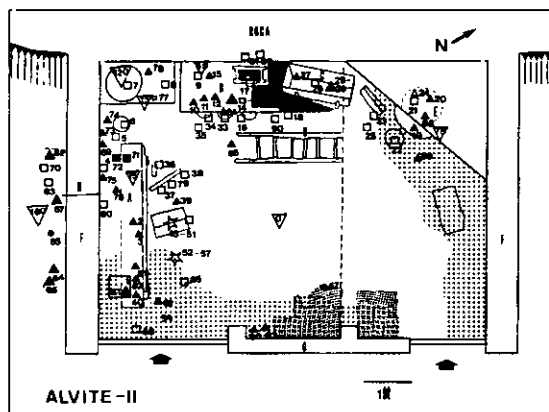


Fig. 9.- Plano del edificio Alvite-2.

ción”; se ofrece así al foráneo, sobre todo si es cultivado, pues de tal forma se muestra en la televisión (turismo rural, senderismo), pero raramente se siente como valor auténtico y propio.

Por lo que a nuestro trabajo incumbe, las áreas marginales pueden ser identificadas por elementos de cultura material: sin duda los mejores marcadores son el arado de madera y el instrumental de procesado del lino; donde mayor es su perduración, mayor es el arraigo de los usos tradicionales. De tal forma, los pueblos que han mantenido el uso del arado tras la Guerra Civil son aquellos más aislados o con una economía más simple: las aldeas de Trasdamente, Refoxos, Portomartín, A Trigueira y Alvite. Esta última es un asentamiento que llegó a quedar abandonado completamente, lo cual puede resultar bastante significativo de su marginalidad (sólo hay otros dos más así en el área de estudio: Adrián y Grovas). Por el contrario, en la zona de llano la introducción del arado de hierro es temprana, generalmente anterior a la Guerra Civil. Los pueblos mencionados primero se encuentran en lugares aislados de forma natural: en el caso de Trasdamente, se trata de varias aldeas enclavadas en un valle interior de los Montes do Testeiro. A Trigueira y Portomartín están en la falda de uno de los citados montes, en el encañonado curso alto del Deza, y sus accesos no se han asfaltado hasta muy recientemente (Portomartín en 1998).

En cuanto al cultivo y trabajo del lino, es en Trasdamente donde hemos documentado un mayor número de elementos de trabajo de esta fibra (11), sin contar aquellos de los que nos han hablado y no hemos visto (que pueden duplicar el número). Frente a ello, en Soutelo, que tiene tres veces más viviendas, sólo hemos localizado cuatro. En Trasdamente toda la gente recuerda aún el cultivo y las diversas fases de elaboración del lino, tanto por la importancia de la fibra como por el largo tiempo en que se utilizó. Algo similar ocurre en Fixó, otro valle en los Montes do Testeiro, lejos de las vías de comunicación, donde el lino se cultivó hasta hace unos veinte años.

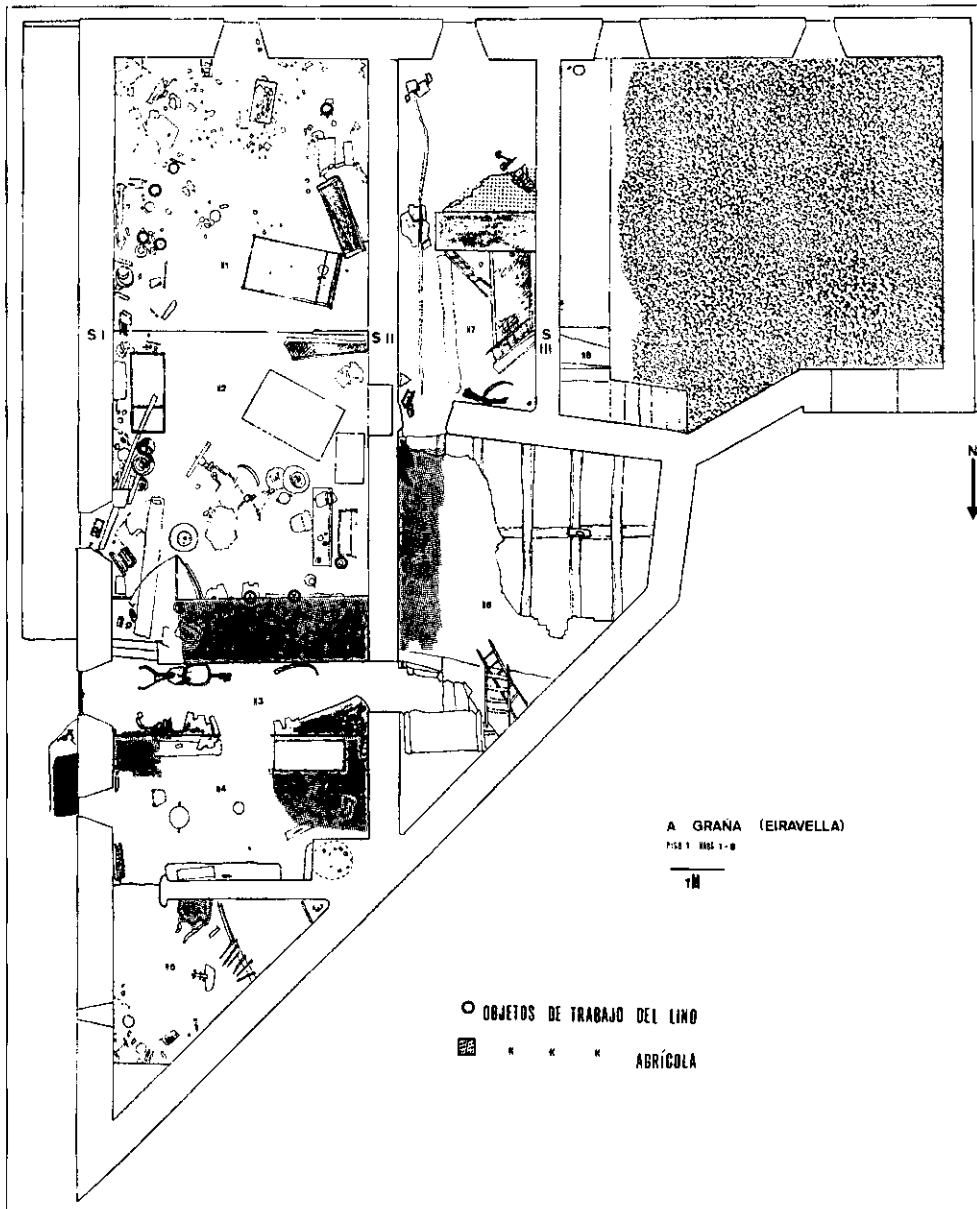


Fig. 10.- Plano del primer piso de la vivienda de A Graña.

En todos los casos citados, nos hallamos con los pueblos que más duramente han sufrido el despoilamiento. En Trasdormonte, las cinco aldeas acogen actualmente unas nueve familias. En Fixó quedan dos. En Alvite, ninguna, si bien se ha comenzado a reocupar mediante la iniciativa del turismo rural y las segundas viviendas.

##### 5. EL ASENTAMIENTO: ZONAS DE ABANDONO Y HABITACIÓN PREFERENTES

Nuevamente influyen aquí razones funcionales y simbólicas. Las zonas de habitación preferente

dentro de los asentamientos son aquellas mejor comunicadas, más salubres, mejor dotadas de servicios (donde los hay). Deben distinguirse los criterios previos a los años 70 y los posteriores. Antes de esa década primaban los aspectos económicos básicos: dotación y tamaño de fincas y huertas en torno a la vivienda, cercanía a los campos de cultivo y pastos, fertilidad del área inmediata a la vivienda, salubridad, etc. Se trata de valores que se pueden encontrar en cualquier otra sociedad de tipo agrícola preindustrial. A partir de los años 70, con el regreso de los emigrantes, el retroceso de la agricultura y la ganadería, el crecimiento del bienestar económico y la introducción de los usos urbanos, los aspectos apreciados variaron radicalmente. Ello ha conducido, en ocasiones, a la

dislocación total de los asentamientos. Se aprecian hoy día la cercanía a los servicios (cuando existen, sobre todo en los lugares centrales) y a las vías principales de comunicación.

Dentro de lo funcional podría situarse la proximidad a las carreteras y la disponibilidad de solares. No obstante, ambos aspectos encierran cuestiones simbólicas que tienen un papel fundamental en los abandonos a escala media. A ellas dedicaremos una especial atención.

Observando el desarrollo reciente de algunas aldeas, se puede apreciar un desplazamiento marcado de la zona habitada hacia la zona más cercana a la vía de comunicación. Caso paradigmático sería la aldea de Penalva, donde las diez casas tradicionales han sido abandonadas y las cuatro nuevas se extienden a lo largo de la carretera (nuevo eje de comunicación, transversal al antiguo). En San Miguel de Presqueiras se ha despoblado la zona tradicionalmente habitada y se ha producido el desplazamiento hacia un cruce. Algo similar ocurre en Soutelo, donde el eje de atracción es la carretera nacional. Muchas aldeas tienen, así, una parte moderna que actúa como telón o escenario que oculta el núcleo antiguo, generalmente ruinoso, situado detrás (Penalva, Pousada, ambas en Forcarei). En ocasiones, como en Penalva (Forcarei), se observa una asombrosa gradación de abandonos desde la parte más lejana a la carretera (la que primero se despobló) hasta la más cercana (pero aún no en la vía misma), que se ha deshabitado más recientemente (así, en las viviendas más lejanas no hay electricidad y el grado de destrucción es avanzado, mientras que en las más cercanas sí existe corriente y se conservan en relativo buen estado).

La zona de la carretera es la más visible y la arquitectura de muchas de las edificaciones es claramente de ostentación, pensada para ser mostrada como símbolo de triunfo en la competición suntuaria y en la vida (Wilk 1990: 38). En el casco viejo la visibilidad es mínima. García León (1996: 228) denomina a esto "exhibición de símbolos de status". Tal ostentación alcanzaría (y aproximaría en la mentalidad) a ricos y a pobres: cada uno la expresa dentro de sus posibilidades.

La explicación cabría hallarla también en un plano funcional: las nuevas vías evitan el núcleo de los poblados, hay muchos solares vacíos y la comunicación es mejor; en la zona vieja, además, no se podrían desarrollar los modelos arquitectónicos importados (Lorenzo 1982: 116). Habría que añadir que muchas de las *casas da beira da estrada* son pequeños comercios que viven de la carretera (*Ibid.*: 115). Pero si nos centramos solamente en los edificios residenciales los beneficios de las vías se reducen y crecen los inconvenientes (ruido, contaminación). Una anciana de Lebozán (Beariz) criticaba la segregación de los chalets

de los indianos, concentrados en torno a la carretera, mientras se abandonaba, sin razones comprensibles para ella, el pueblo antiguo, donde la mayoría tienen posesiones (donde vivieron sus ancestros). Según su criterio, sería más adecuado y más beneficioso para el lugar que se recuperaran las casas viejas y los solares originales. Chocan aquí dos mentalidades contrapuestas: la tradicional, donde la comunidad y la igualdad son claves, y la capitalista, donde prima lo individual y competitivo. Ambos mundos tienen su principal vehículo de expresión a través de la cultura material. El motivo de la separación de los antiguos emigrantes sería anti-económico, puesto que el gasto de adquirir y preparar un solar nuevo y edificar una vivienda *ex novo* es mucho mayor, sobre todo cuando la arquitectura de la construcción debe adecuarse a la compleja orografía de la zona. A este respecto, Horne (1994: 184) apunta que "el uso de la arquitectura para hacer afirmaciones simbólicas sobre el prestigio o la igualdad puede afectar a la relación estrictamente demográfica o económica".

La búsqueda de la carretera habría que entenderla, en fin, más como forma de ostentación o enmascaramiento de la realidad aldeana que como objetivo práctico. El hecho de que las casas al borde de la carretera y modelos constructivos más complejos (chalets, edificios de pisos) caractericen a villas y ciudades nos está apuntando otro motivo simbólico de su edificación frente al abandono del núcleo aldeano: hasta el lugar más diminuto tiene ínfulas urbanas. Lorenzo, al referirse a modelos antiguos de la "casa-fachada", dice que, si por delante es completamente diferente a la tradicional gallega, por detrás "é nun todo idéntica ás restantes casas campesiñas vistas por diante". Los grandes chalets de emigrantes, si ya no son similares morfológicamente, sí que se encuentran aún apegados a los usos campesinos: en sus jardines, junto a las flores, no es raro ver hileras de berzas, patatas o acelgas. A veces se recurre a algún motivo arquitectónico tradicional que es reconstruido a partir de los nuevos gustos y procurando que las diferencias con el modelo original sean ostensibles (hay, por consiguiente, una relación dialéctica con el pasado: se desprecia pero no se puede prescindir de él). Este uso parcial de elementos de una tradición anterior ha sido observado por Johnson (1989: 202) en viviendas de ca. 1500 en Inglaterra que recurrían a ciertos motivos medievales por razones ideológicas.

No menos importante en la elección del sitio es el deseo de apartarse del núcleo tradicional como rechazo a cuanto supone para los indianos. La aldea vieja es símbolo de subdesarrollo, pobreza, dependencia, atraso. Construirse un gran chalet al estilo de Estados Unidos o de cualquier país donde han vivido como emigrantes es una victoria sobre su pasado. Tener presente la ruinoso casa natal ante el nuevo edificio

es una metáfora de su triunfo en la vida. Quizá más bien una metonimia, en la cual la casa es la idea u objeto asociado que sustituye a la vida (véase la cita de Kus más arriba y Kus y Raharijaona 1990: 21; respecto a la metonimia: Hodder 1997: 165). El empeño que se pone en su construcción, aun cuando su uso queda restringido a unos pocos días al año, resulta un significativo indicador de lo dicho. William James narró una experiencia personal muy similar a lo que aquí exponemos: al descubrir un claro talado en un bosque de los Montes Apalaches donde se había construido una tosca cabaña, reflexiona "(lo) que para mí era nada más que una horrenda imagen en la retina, era para ellos (los leñadores) un símbolo perfumado de recuerdos morales, y entonaba un verdadero himno de afán, lucha y éxito" (cit. en Rorty 1991: 58). En las aldeas gallegas, lo que en nuestro lenguaje es un "memoricidio" en el de sus habitantes es una metáfora de la victoria.

Cuando la construcción lejos del área antigua no es posible, lo habitual es camuflar las viejas edificaciones (la ostentación del pobre): el "ennoblecimiento" se realiza con materiales ajenos a la costumbre local: ladrillo, cemento, baldosas, azulejos, encalados, encintados de cemento o cal, etc. Este proceso debe entenderse dentro de un fenómeno de emulación, que es —aquí también— la base del cambio en la cultura material (Miller 1982: 89). Así pues, encontramos pueblos que tienen una parte de nuevos chalets y una parte vieja caracterizada por edificios "mimetizados" de progreso y edificios tradicionales en estado de ruina (abandonados o reutilizados como cuadras, graneros, trasteros, etc.). García León (1996: 228) habla al respecto de una "ruptura de la unidad de estilo". Por otro lado, es probable que en la competición por diferenciarse, las clases económicamente privilegiadas acaben por abandonar el uso de materiales sintéticos (hoy al alcance de cualquiera, Miller 1982: 97) y la arquitectura de las sociedades industriales (que también es algo generalizado) y busquen la distinción en la vuelta a los elementos tradicionales, a "lo rústico", un fenómeno claramente observable ya en las ciudades. Ya Adam Smith (cit. en Veyne 1972: 275) señalaba que "las casas, los muebles, los vestidos del rico, al cabo de un tiempo, sirven para las clases medias o inferiores del pueblo; éstas están en situación de comprarlos cuando la clase superior se aburre de ellos".

Pero, de la misma forma que nadie quiere hoy pasar por pobre, en el pasado tampoco interesaba que la gente creyera que uno se consideraba por encima del resto: en una sociedad de "bien limitado" se pensaba que sólo se podía medrar a costa de los demás (González Reboledo 1995: 22-23), algo que desaparece a partir del éxodo a la ciudad y a los países industrializados. Tradicionalmente, todas las casas de una aldea eran muy similares en tamaño, forma y materiales de construcción, entre otras cosas porque así se re-

forzaba la idea de identidad de la población (Deetz 1996: 1-2) y subrayaba la igualdad de todos los vecinos (al menos en el plano social). Hoy día, las desigualdades son más que notorias, pero en una sociedad donde funcionen las solidaridades de aldea, el apartarse de la regla sin justificación —aun en la forma de construirse la vivienda— puede conducir a la muerte social, al ostracismo (Wilk 1990: 38). Incluso en una sociedad desarticulada y cambiante como la actual, los que se salen de la norma en ciertos usos (como la forma de emplear el ocio) sufren la condena de todo el pueblo. Esto era mucho más acentuado en el pasado, cuando la casa funcionaba como "un símbolo supremo de pertenencia a una comunidad" (Wilk 1983, 1990: 38). El abandono (o la transformación del edificio), puede estar motivado hoy, en parte, por la necesidad —antes inexistente— de diferenciarse. Wilk en su estudio sobre la vivienda kekchi de Guatemala (1990: 39) señala que "cuando en la economía de la aldea penetra la economía monetaria, y algunas casas pueden sobrevivir sin la cooperación de la comunidad, también se liberan de los estrechos constreñimientos que la comunidad impone al consumo" (esto es, pueden cambiar el aspecto de su vivienda, mediante placas de urilita y otros elementos industriales). Se produce una competición de prestigio y "las casas se convierten en importantes símbolos de éxito en esa competición" (*Ibid.*: 38).

En los pueblos mayores, caso de Soutelo o Forcarei, la imitación de las villas no se detiene en lo urbanístico: donde antes había un núcleo campesino indiferenciado, ahora surge un área propiamente campesina (la aldea vieja, donde se concentran los abandonos), un área de servicios (bares, bancos, tiendas), generalmente paralela a un eje de comunicación importante, y un área residencial moderna (chalets de indios y segundas residencias). Se trata de una disposición en "estratigrafía horizontal", en la cual el nivel más moderno lo forma el área residencial. Cada zona aparece caracterizada por unos usos económicos, sociales y simbólicos, plasmados de forma material las más de las veces.

A caballo entre lo funcional y lo simbólico está el fenómeno del aislamiento, que se puede poner en relación con la territorialidad, la demarcación del espacio y su defensa (al menos simbólica) frente a los intrusos (Sanders 1990: 49). Entre vecinos de A Graña (Trasdomonte) se alabó la situación de una vivienda estudiada por nosotros, primero por poseer fincas y después por encontrarse separada del núcleo urbano. El vecindario, con el que surgen disputas y enfrentamientos a lo largo de la vida cotidiana, puede resultar más un mal que una ventaja. Nosotros mismos fuimos testigos de la cantidad de murmuraciones y acusaciones mutuas que pueden surgir en poco tiempo de conversación con los vecinos. Los motivos funcionales,



no obstante, que explican los caseríos aislados pueden ser importantes; es el caso de los presentados por Saavedra (1994: 93) para época moderna, motivados por la *stenochoxia* y la consiguiente colonización de tierras alejadas de los núcleos tradicionales.

Pero dentro de la jerarquía de ventajas que entran en juego a la hora de decidir seguir ocupando una edificación, la territorialidad no se encuentra precisamente entre las fundamentales: de hecho, suelen ser estas casas las primeras en abandonarse. Son buenos ejemplos el propio de A Graña (Eiravella) o el de Sanguñedo (Coto da Mosca). El segundo caso es más sintomático. El conjunto de Coto da Mosca se encontraba bien situado al lado de una vía tradicional. Con el tiempo ésta fue sustituida por una carretera (el criterio de visibilidad/comunicación supera al de territorialidad) y el conjunto quedó a cien metros de la nueva vía y aislado del resto del pueblo. Aunque la causa de su abandono fue la emigración de sus habitantes, no deja de ser curioso que se trate del único conjunto de casas abandonado en una aldea que, pese a haber sufrido la emigración de buen número de sus miembros, mantiene un importante censo de vecinos. De hecho, algunos edificios de Coto da Mosca se vienen reutilizando como establos o pajares.

Cuando dentro de un asentamiento bastante poblado se abandonan algunos edificios en número no significativo (menos de un tercio), se producen deposiciones secundarias de desecho, alteraciones por juego infantil, etc. (que estudiaremos en el siguiente apartado) que no se dan en aquellos casos donde el volumen de construcciones abandonado es mucho mayor. El hecho de que se desocupe una parte considerable del asentamiento transforma los usos espaciales de los habitantes que quedan (los cuales dejan de acceder a ciertas zonas). Esto no es así en el caso de abandonos puntuales. Los edificios pueden ser reutilizados parcialmente, con la funcionalidad cambiada.

Un fenómeno que no nos ha sido posible documentar es la expoliación y saqueo de elementos estructurales (del mobiliario hablaremos más adelante). Aunque pudiera pensarse que tal expolio no se produce porque ya no se construyen más casas en piedra y madera, tampoco parece que se diera en momentos del pasado reciente con especial relevancia. Varios de nuestros informantes levantaron sus propias casas con ayuda de canteros y, en su narración, un elemento recurrente es el proceso de obtención y transporte de la piedra, a veces desde varios kilómetros y con carros. Es habitual y comúnmente aceptado el aserto funcionalista sobre este problema: en lugares donde abunda la materia prima, no se saquea porque no merece la pena (Ascher 1968).

No cabe de duda que la disponibilidad de piedra es un factor de primera importancia, pero no es menos cierto que pueden entrar en juego cuestiones

de tipo simbólico: tabúes sobre la propiedad ajena, sobre la propiedad de los muertos; Graham (1993: 35) habla de “miedo a los muertos” entre los rarámuri; Horne (1994: 182-83), en su estudio de un pueblo iraní, dice que “estructuras marcadas con un significado ritual o memorial (...) pueden no ser dedicadas a otras finalidades, al menos hasta que se han tomado medidas apropiadas para desconsagrarlas. (...) los lugares pueden ser retirados del ciclo de la reutilización y abandonados para siempre tras la muerte del cabeza de familia u otro miembro del núcleo doméstico”. Podríamos recordar también la omnipresencia y el valor fundamental de la muerte en la cosmología tradicional gallega. En nuestro caso, por ejemplo, es destacable comprobar cómo se conserva la memoria de los dueños que han pasado por la vivienda, largo tiempo después de quedar aquella abandonada y aún en ruinas.

Schiffer (1987: 110) señala, al hablar de abandonos de tipo ritual, que el saqueo ejerce una atracción irresistible sobre la gente, “pero los costos sociales pueden ser altos”. La objeción que se nos puede hacer a esta cita es evidente: Schiffer habla de abandonos *rituales*, lo que no es nuestro caso. Claro que sólo hasta cierto punto: Flores (1979: 310) señala que “el buscar la intercesión y el apoyo de las fuerzas sobrenaturales suponía una consecuencia natural de esta mentalidad (la campesina) manifestada a través de muy diversas actividades, entre ellas la construcción de la vivienda”. Kus y Raharijaona (1990: 21), en un párrafo similar al citado más arriba, dice que el espacio doméstico es “un medio primario para los marcadores mnemónicos” y Cunningham (1973: 235) piensa que “la casa es una de las mejores maneras que tienen los pueblos iletrados para concentrar la esencia de sus ideas, dada la ausencia de literatura y la ocurrencia esporádica y los grados variables de participación del ritual”.

¿Cómo puede un elemento tan significativo y central de las sociedades preindustriales (y aún industriales) ser abandonado sin más, como quien se desprende de la ropa vieja? Independientemente de que la salida no tenga un fin “ritual” ni conlleve una representación simbólica explícita, el deshabitar la vivienda supone una carga simbólica y emocional tan considerable que se podría denominar “acto ritual”: “Para el hombre popular, su casa —su pueblo en sentido amplio— ha venido representando el centro mismo de su existencia” (Flores 1979: 339). Decir adiós al edificio es, en buena medida, decir adiós a la tradición, a la memoria ancestral (los “marcadores mnemónicos”). No nos parece tan extraño, entonces, que exista un tabú, quizá nunca expreso, sobre la materialidad de las viviendas deshabitadas. El hecho de que no se pueda verbalizar no quiere decir que no exista (Veyne 1972: 245) o que no se exprese a través de otro lenguaje (las metáforas materiales).

## 6. LAS ESTRUCTURAS

### 6.1. La naturaleza del desecho

Probablemente esta sea una de las cuestiones que han despertado un mayor interés entre los investigadores. La bibliografía sobre el tema, tanto desde un punto arqueológico como etnoarqueológico, es muy abundante. La relevancia que el análisis del desecho posee dentro de la investigación se debe sobre todo a su importancia vital en la interpretación de los yacimientos.

Un primer punto sería decidir si la deposición de los objetos constituye, como propone la terminología de Schiffer (1976) realmente un *C-transform* (Hodder 1982b: 47). A continuación habría que distinguir entre lo que también Schiffer (1972, 1987) denomina desecho primario, secundario y *de facto*. Los límites, pese a lo que se pudiera pensar, no aparecen siempre diáfanos. Una vez que hemos identificado el desecho como *de facto* o al menos primario (*in situ*) nos enfrentamos a la tarea de decidir si se trata del producto de una sola ocupación o varias, cuestión importante a la hora de interpretar la funcionalidad del espacio (Cribb 1983: 5). Hodder insiste en el carácter de palimpsesto de la práctica totalidad de los suelos de ocupación (1982b: 56), mientras que Ascher (1968) ya llamaba la atención sobre la importancia de los procesos post-deposicionales en la configuración del registro. Cameron y Stevenson (1993: 194) señalan, como ya vimos, que la mayor parte de lo que observamos es resultado de las actividades que se llevaron a cabo durante las últimas fases de ocupación y abandono. La enorme distorsión con que nos enfrentamos a la hora de interpretar el desecho (el propio término que usamos es contradictorio, equivale al inglés *refuse* o *discard*; Murray 1980: 492, añade más sinónimos) motivó que Binford (1981) sugiriera que son precisamente esos procesos culturales de formación que sistemáticamente alteran el registro primario del comportamiento, los que deberían constituir el objetivo principal de nuestra investigación. Horne (1993: 52) va más allá al afirmar que el abandono es “una ayuda informativa para comprender adaptaciones locales y procesos de asentamiento a largo plazo”.

A la hora de estudiar nuestro registro material, nos encontramos con que hay una cantidad extraordinariamente alta de lo que Schiffer (1972: 160, 1987: 89) denominó desecho *de facto*: objetos todavía utilizables que han sido dejados tras el abandono. Esta definición, suficientemente flexible para ajustarse a muchas situaciones, se ha popularizado, y generalmente se utiliza, de forma muy restrictiva, de manera que se suele entender más como “en el caso de un abandono súbito, todos los objetos que quedan en su disposición original” (Fernández Martínez 1994: 143).

El propio Schiffer debía de pensar en algo así cuando formuló la definición, a tenor de los ejemplos a que recurre.

Es habitual leer en la bibliografía tanto arqueológica como etnoarqueológica que a lo largo del estudio se documentó un “inventario completo” de cultura material *in situ* (Lange y Rydberg 1972; Stevanovic 1997, por recurrir a dos ejemplos citados). Tal afirmación ya resulta de por sí exagerada. Salvo casos excepcionales como Pompeya, el descubrimiento de un inventario completo resulta más que improbable. En el caso de Stevanovic, nos parece difícil de creer por tratarse de una ceremonia (impone un sesgo en la deposición) y en el de Lange y Rydberg (1972: 428), porque ellos mismos reconocieron que el sitio era saqueado por los vecinos y quienes lo deshabitaban no dejaron objetos de valor o sentimentales (Stevenson 1982: 252-55).

Nosotros tampoco hemos encontrado la totalidad de objetos posibles en un contexto sistémico. Ahora bien, en lugares como A Graña, Vilapouca o Sanguñedo, contamos con un número importante de mobiliario perteneciente a la mayoría de las actividades que se pudieron haber desarrollado; incluso disponemos de testimonios muy íntimos: fotografías (también localizadas en Adrián), cartas, documentos personales, elementos religiosos, libros de texto y cuadernos infantiles, objetos todos ellos inéditos en los estudios sobre abandonos, aun en aquellos casos más repentinos. Ni en los campamentos mineros del Yukón, amenazados por una riada, quedaron absolutamente todos los objetos (Stevenson 1982).

Si cualitativa y cuantitativamente nuestro registro entra dentro de la definición de Schiffer para *de facto*, las causas que llevaron a su formación son diferentes a las que se suelen aducir (catastróficas). Al desaparecer los últimos miembros de la vivienda, el registro queda considerablemente inalterado y la gran mayoría de los objetos yacen abandonados. Aunque se pueda presentar la muerte como una catástrofe, no es tal: los herederos —no el fallecido— son los que planean —y con tiempo— el abandono del lugar. Los herederos no muestran interés en volver a la casa paterna ni en recoger los objetos: la mayoría carecen de uso en el mundo industrializado de los descendientes (aperos de labranza), otros ya los poseen y no los necesitan (vajilla, cubertería, muebles). Sólo los bienes de mayor valor (dinero, joyas, quizá algún mueble) son retirados. La casa actúa como almacén, como un desván donde los objetos han quedado razonablemente *in situ*, en su contexto sistémico. Veamos algunos ejemplos.

En el edificio investigado en Vilapouca (Figura 4), el banco de carpintero conservaba todavía los útiles para trabajar la madera; en la cocina, junto a la *lareira*, se encontraban las ollas y los platos; en la cuadra los aperos de labranza. En A Graña las hoces aún

estaban encajadas en su soporte tras veinte años de abandono. En Sanguñedo-2 (Figura 6) el escañil resistía impertérrito frente a la *lareira* (donde vimos depositada una sartén antigua) y en Soutelo-2 (Figura 5), el carro, la grada, la *sachadeira*, el *solíño* y los dos yugos permanecían en la cuadra dos décadas después de que se abandonara el lugar. En los hornos exentos de Soutelo y Cerdeira (Irixo) pudimos ver las palas del pan y los *rodos*, pese a haberse perdido la utilidad primera de los edificios y estar dedicados uno a almacén agrícola y otro a cobertizo para guardar arena y cemento.

En ningún caso se trata de abandonos súbitos; algunos edificios de los citados continúan en uso, si bien con la funcionalidad cambiada, a veces —como en Alvite-2, hasta media docena de veces identificables (casos similares se han documentado entre los fulani: David 1971 y en poblados iraníes: Horne 1994: 176-83). En muchos, al desecho *de facto* se ha añadido un desecho secundario: así en A Graña (Figura 10), donde un vecino nos ayudó a identificar algunos objetos depositados tras el abandono de la casa: leña, una gran barrena de herrero, materiales de construcción, etc. Parece que la compleja realidad da la razón a Hodder y que nos hallamos realmente ante auténticos palimpsestos (cf. Lawrence 1990: 91).

Lo que queremos subrayar sobre todo son los aspectos cognitivos ligados a una gran parte del desecho. El factor funcional sería la inutilidad de los objetos (inutilidad que viene dada por un cambio cultural, lo que no debe olvidarse), mientras que el cognitivo es el cambio de percepción del mundo. Se ha pasado de una sociedad preindustrial, ahorradora, conservadora, anti-consumista, que guarda hasta lo más inútil, a otra que desprecia objetos que pueden tener valor y, además, está muy poco apegada sentimentalmente al pasado (de ahí el abandono de fotos, cartas, etc.). Hay un rechazo, por otro lado, del mobiliario que resulta símbolo de un estado peor, más pobre, más dependiente, más esclavo. Ningún objeto de los depositados en las casas abandonadas tiene ya sentido para los herederos. Son culturas completamente opuestas y poco interesadas en mantener un diálogo. Quizá así se pueda explicar que se abandonen algunos objetos, como los personales, que son muy raros en abandonos planeados (Stevenson 1982: 259). Dada la brusquedad con que se ha producido el cambio cultural, quizá sí pueda ser concebido como una catástrofe, desde luego muy diferente a las inundaciones, incendios o invasiones con que se han explicado tradicionalmente los abandonos súbitos en el registro arqueológico.

## 6.2. La deposición de la basura

Dado el intenso proceso de reutilización de materias orgánicas e inorgánicas, la basura prácticamente no existe. Los escasos vertederos suelen ser lu-

gares no pensados para tal fin (Schiffer 1987: 62; Hodder 1982b: 59) como las canteras cercanas a los asentamientos (Watson 1979: 119; Agorsah 1985). Suele darse lo que Schiffer ha denominado *Trash Magnet* (Wilk y Schiffer 1979), esto es, que la basura atrae a la basura. Lo más curioso es que se siguen actualmente pautas de deposición tradicionales claramente inapropiadas en una sociedad industrial: tradicionalmente los desechos se han arrojado a las calles, caminos, eras, alrededores de las casas, etc. Puesto que se trataba sobre todo de materiales orgánicos y dada la acidez y humedad de Galicia, pronto quedaban asimilados al medio. El uso continuo de la escasa cerámica, el metal o el vidrio hacían esta estrategia viable. Hoy día se mantiene esta pauta de deposición en muchas aldeas independientemente de que el plástico, las fibras y otros materiales sintéticos hayan sustituido a los antiguos. El resultado son asentamientos tapizados de basura: Vilariño es un caso paradigmático. Dado que se trata de un lugar con economía aún agropecuaria, la permanencia del comportamiento anterior es más comprensible. Por el tipo de patrón tradicional de disposición de los desechos, la basura propiamente dicha (material no reutilizable) en los alrededores de la vivienda es algo poco habitual, frente a lo que se observa en otros estudios etnoarqueológicos (cf. Lange y Rydberg 1972; Rothschild *et al.* 1993).

## 6.3. La disposición de los materiales

Pese al claro predominio de los enfoques positivistas en este campo, también se han ofrecido visiones más complejas en las cuales se muestra, mediante el estudio de objetos desechados, que “entre residuos y sociedades interviene la idea de ‘sociedad’” (Hodder 1994: 70), como en el caso de los estudios espaciales de Moore (1982).

Como norma general observada, se puede apuntar una tendencia en la disposición global de los materiales que deja los espacios centrales libres, mientras que las acumulaciones se producen en paralelo a las paredes. Cuando hay un mueble en medio de la habitación, su perímetro se rodea también de objetos. Quizá esté en relación con la propia naturaleza *de facto* de los objetos: se mantiene la limpieza o apariencia de limpieza incluso al final de la ocupación (Schiffer 1987: 97-98).

Una de las primeras series de hipótesis que deben ser tenidas en cuenta son aquellas referidas al volumen y diversidad de objetos documentados. Aquí la funcionalidad de los espacios es decisiva: de ahí que las estructuras agrícolas tiendan a albergar un número muy reducido de objetos en cantidad y diversidad. Las artesanales, por el contrario, acogen una gran cantidad de objetos muy diversos y suelen tener gran número de intrusiones; las cocinas, por su parte, presentan gran

número de mobiliario y bastante diverso. Por ser espacios de sociabilidad, contienen asimismo objetos ajenos a su funcionalidad. Lorenzo dice al referirse a esta estancia que "...*ela fai xirar ó seu redor* todo o vivir dos moradores" (1982: 123).

Dentro de la disposición de los objetos es fundamental entender la concepción de limpieza (Hodder 1982b: 61) y la dualidad de espacios limpios/sucios. Parece claro que un espacio que entre en el concepto de "sucio" generará una cantidad y tipo de materiales muy diferente a uno considerado "limpio". Podríamos dividir el espacio de la casa rural gallega de dos plantas en otras tantas zonas (Fernández de Rota 1994: 409-410): el primer piso, identificado con la suciedad, el desorden, el trabajo y la vida social y el segundo piso, ligado a la limpieza, el orden, el descanso y la privacidad. En la mayor parte de las viviendas visitadas, el grueso del inventario se encontraba en los bajos, mientras en la parte superior tan sólo se observa el mobiliario básico: camas, arcones. Siguiendo este esquema, podemos fácilmente clasificar como deposición secundaria todos los objetos que encontramos en la zona de dormitorio de A Graña (además de por el estudio de los materiales en sí). En este caso, sin embargo, no se respeta la distribución de habitaciones habitual (cocina y dormitorios están en el mismo piso, Figura 10).

Otros factores que afectan a la distribución del mobiliario (*Schlepp Effect*, Schiffer 1987: 69-70; principio de McKellar, Schiffer 1987: 62-64, etc.), influyen sin duda en el registro, pero tienen un escaso significado cultural (véase un resumen de la crítica etnoarqueológica en Moore 1982: 74-75; también se puede aplicar la crítica a las "leyes históricas" de Veyne 1972: 213 y ss.). En una línea similar, Hayden y Cannon (1983) señalan la atracción que ejercen los pozos como depósitos de materiales. En nuestro caso, armarios, hornos y corrales (*cortellos*), parecen sustituir a los silos (inexistentes en nuestra zona) como receptores de desecho, que no es siempre basura: podemos estar ante actitudes conservativas. Este tipo de comportamientos nos llevan a veces a preguntas tan surrealistas como ¿por qué se llenan de zuecos viejos los hornos del pan? (lo hemos visto en cuatro aldeas diferentes) Las "leyes" se revelan más bien inútiles para responder a cuestiones idiosincrásicas como ésta.

La organización familiar es un aspecto importante en la disposición del registro, aunque raramente se tiene en cuenta. En el caso gallego, los hogares son tradicionalmente matrifocales (según definición de Brogger y Gilmore 1997: 213): ya desde época moderna, la emigración en masa de varones "les obligó (a las mujeres) a gobernar la casa (...) y a enfrentarse a toda clase de trabajos" (Saavedra 1994: 128). El resultado es una mujer que domina en las decisiones

económicas, agrícolas y familiares (Lisón 1979: 249). Nuestra experiencia de campo personal corrobora lo señalado por los antropólogos e historiadores: al menos en dos viviendas, fueron las mujeres las que nos dieron permiso para entrar en los edificios (de su titularidad, no del marido), las que nos mostraron las casas, el mobiliario y nos informaron sobre todo ello. El varón permaneció siempre en un segundo plano.

El estudio del género a través de la cultura material y su simbología, que es lo que aquí nos interesa, debe su origen a la arqueología feminista y aunque en general no ha prestado atención a los procesos de abandono, sí, en cambio, se ha fijado en el uso del espacio (un buen ejemplo es el estudio de las casas swahili en Donley 1982). Ciertos teóricos de la corriente post-procesual ofrecen, también, alguna interpretación etnoarqueológica en este sentido (Hodder 1982a: 83-84, 1982b; Moore 1982).

Por lo que respecta a la disposición de los objetos tras el abandono, pensamos que una forma de detectar la presencia femenina es la identificación del mobiliario relacionado con su actividad. El problema es que la mujer está involucrada en la práctica totalidad de las actividades. Hay algunas, no obstante, que le corresponden en exclusiva y el mejor ejemplo de ello en nuestra zona es el trabajo del lino: las operaciones de mazado, *espadelado*, hilado y tejido son tareas femeninas. Es más, se trata de una labor realizada por las mujeres en grupo, que se desplazaban de una casa a otra: un día hilan en una, al día siguiente en otra, lo que produce un sentimiento de comunidad en las mujeres "cunha suma de símbolos, personaxes, alegorías, sinais, amores, mitos, ritos e fatigas" (Gil de Bernabé 1992: 65). En general, los instrumentos se distribuyen por gran parte de la casa: así en A Graña (Figura 10), aparecen en las habitaciones 1, 2 y 9. Todos los objetos, menos los de la habitación 9, aparecieron razonablemente *in situ* (esto es, donde se usaron). Si la mujer hubiese estado confinada a algún tipo de gineceo, los artículos de tejido habrían aparecido en una sola habitación (como en los yacimientos ibéricos, por poner un ejemplo, donde aparecen juntos pesas de telar y fusayolas). La libertad de deposición es disposición de libertad.

La actividad infantil ha recibido una mayor consideración. Por lo observado, puede introducir importantes modificaciones post-deposicionales en el registro, bien sea por la sustracción de mobiliario, por su adición o por el desorden de lo depositado. Tal actividad ha sido puesta de relieve por autores como Hammond y Hammond (1981), Hayden y Cannon (1983) y Schiffer (1987: 75). Los segundos enfatizan su participación en la dispersión de fragmentos de un artefacto, dislocación de desechos, etc. En nuestro caso, hemos comprobado su actuación en los propios elementos estructurales. Así, en Chousa de Bispo

(Soutelo) –un despoblado del siglo XVI-XVIII probablemente– los niños añadieron muros medianeros de mampuesto (para hacerse una cabaña) a algunas edificaciones. Que eran parte de un juego infantil lo revelaban las acumulaciones de hojas, tierra, cortezas, etc. imitando alimentos. En una excavación, el arqueólogo interpretaría los muretes como estructuras realizadas por pastores o algo similar.

Más relacionado con la mentalidad es el cambio en la significación de los espacios: la cocina pierde su papel vertebrador y centripeto y el salón usurpa su lugar. En el caso de A Graña, tal paso se observa claramente: abandonada hace veinte años, cuando ya operaba la transformación de la mentalidad, la cocina aparece como un espacio dedicado exclusivamente a la elaboración de alimentos, mientras, al fondo, el salón se convierte en el foco de la actividad doméstica. Contrasta con Vilapouca-1 y Soutelo-1 abandonadas antes de que se produjera el cambio. En A Graña el grueso del inventario (a más actividad más materiales) se sitúa en el salón y no en la cocina, mientras que en los otros dos casos es al revés. El cambio en la mentalidad afecta también a la distribución de los espacios interiores: el tabique que separa la cocina y conforma un pasillo de entrada independiente no aparece en las casas tradicionales (Vilapouca, Soutelo-1, Sanguñedo-1 y 2), a las cuales se accede directamente por la cocina. En la nueva cultura, lo privado, de menor importancia antes, cobra valor. Un caso semejante pero explicado por una mayor complejidad de las funciones es el recogido en Deetz (1996: 161-163), donde el cambio entre la casa de tradición medieval y la georgiana es idéntico al que nosotros hemos documentado para un momento mucho más tardío. Anterior al de Deetz es el ejemplo estudiado por Johnson (1989: 205), de principios del siglo XVII en Inglaterra: igualmente, con la introducción de una nueva mentalidad, post-medieval, se sustituye la entrada directa a la casa por una indirecta, para garantizar una mayor privacidad. Brogger y Gilmore (1997) explican la existencia o inexistencia de acceso directo al interior del hogar como reflejo del estatus femenino: donde la mujer está más sometida al varón, el acceso es a través de un patio o pasillo (Andalucía), donde dispone de una mayor libertad, la entrada es directa (Nazaré, en Portugal, un caso muy semejante al que aquí analizamos) (ver figuras 3, 4 y 9).

Otro aspecto significativo es la ausencia de sillas en las casas abandonadas. En cualquiera de los mapas podemos observar bancos corridos de madera (escañiles) o de piedra y alguna banqueta. Se disponían en torno a la *lareira*, como se observa en Sanguñedo-2 *in situ*. En un banco corrido ningún miembro de la familia sobresale, ni hombres ni mujeres, ni adultos ni ancianos. La silla, por el contrario, es el equivalente a un trono (Johnson 1989: 201; Deetz 1996: 166). Su in-

troducción, en algunas sociedades, sirve como marcador de estatus. Es significativo que, en nuestro caso, la única silla sea la depositada en la cocina de A Graña (Figura 10, habitación 4).

Otros fenómenos que conforman y distorsionan el registro son los saqueos, las sustracciones selectivas y aportaciones (no de basura, que se identifica con relativa facilidad) y las herencias.

A lo largo de nuestro trabajo pudimos constatar dos saqueos vandálicos. De uno de ellos tuvimos ratificación oral, mientras que en el otro pudimos deducirlo del análisis espacial. El primero es el edificio de Sanguñedo-2 (Figura 6). Tras su primer abandono fue objeto de un saqueo sistemático, probablemente motivado por la búsqueda de oro, joyas y dinero (se sabía que uno de los dueños de la casa había sido relojero). La actual dueña se lamentaba del estado en que quedó la vivienda: arrancaron tabiques, desmontaron las camas, levantaron las tablas del techo, movieron los muebles, tiraron por tierra los objetos menores y los papeles, etc. En el caso de A Graña (Figura 10) nos encontramos con unos signos extraordinariamente similares: las medianeras de madera habían desaparecido, las camas fueron desprovistas de colchones y somieres, había gran cantidad de objetos por el suelo en completo desorden. A esto deben añadirse varias deposiciones secundarias. Pese a todo, la interpretación de las habitaciones no es excesivamente complicada si se observan los objetos y su disposición (en A Graña es algo más problemático).

Dentro de las aportaciones, un caso interesante es el de Soutelo-1 (Figura 3), donde la vivienda se dividió por herencia. El dueño de la cocina depositó allí un arado, que de otra forma sería difícil de explicar (existía ya uno en su contexto normal, en el establo, el efecto *schlepp* falla aquí de forma flagrante). También podrían inducir a confusión las intrusiones de A Graña: localizamos un buen número de piezas relacionadas con el trabajo de herrero (una barrena y muchas piezas amortizadas). El problema aquí sería más grave puesto que se podría clasificar como área de actividad metalúrgica una zona de dormitorio.

Las herencias suponen un problema considerable cuando provocan modificación en las estructuras, que se puede producir incluso cuando se abandona el edificio, total o parcialmente. El caso que acabamos de citar (Soutelo-1), una casa que quedó dividida entre dos familias, ha generado una duplicación de instrumentos de labranza (carro y arados), guardados en el edificio desocupado. La herencia puede afectar a la estructura de la casa: se deshabita una zona y otra sigue en uso; puede cambiar el destino de una parte, mientras la otra mantiene su finalidad primera, etc. Junquera (1993: 66-78) presenta algunos casos de edificios cuya división implicó cambios físicos. Llano (1996: 58) recoge ejemplos del siglo pasado.

#### 6.4. Reconstrucción de áreas de actividad

Es labor tradicional del arqueólogo la reconstrucción de los procesos que se han realizado en los distintos espacios a partir de los restos con que se encuentra y su disposición. En los casos que analizamos hemos observado diferentes grados de dificultad en la interpretación según el tipo de habitaciones. Así, los espacios agrícolas y los dormitorios son los más fácilmente diferenciables. Los primeros por la estructura y los útiles, reducidos en número y de grandes dimensiones. Los segundos por tener un mobiliario muy característico (arcón y cama) y carecer de objetos pequeños (excepto por post-deposición). Las cocinas son fáciles de identificar por elementos estructurales, pero resulta más complicado distinguir las diversas actividades llevadas a cabo en ellas. Se trata del lugar más importante de la casa, el núcleo de socialización principal, donde confluyen todos los miembros del hogar. Por ello, el número de acciones es más diversificado, como lo es la cantidad y diversidad de objetos. Pero el problema principal se da con los edificios artesanales y multifuncionales. Dos buenos ejemplos son Alvite-2 (Figura 9) y la habitación 1Y-1Z de Sanguñedo-1 (Figuras 7 y 11).

En el primer caso se constatan actividades de fabricación de pan, carpintería, almacén y reparación de colmenas, almacén de instrumentos agrícolas, trastero-basurero, todo ello en unos pocos metros cuadrados. La superposición de elementos en el espacio no significa en modo alguno la superposición en el tiempo, pero establecer la secuencia de actividades resulta muy complejo. En Sanguñedo-1 sí parece que fueron simultáneas en el tiempo (no quiere decir que se practicarán a la vez, Horne 1994: 176-177) las labores de

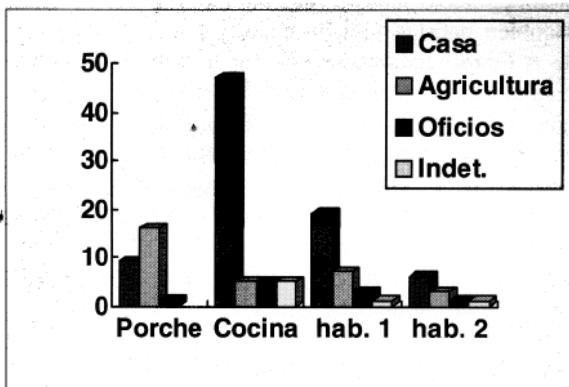


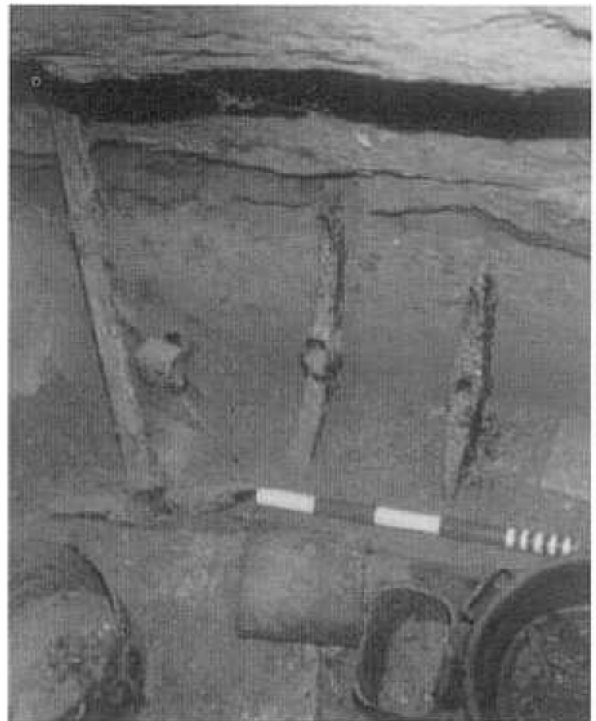
Fig. 11.- Distribución del número de objetos por tipos funcionales en las estancias de Sanguñedo-1. Se observa que el porche es un lugar preferentemente agrícola con casi 20 objetos (los elementos domésticos son basuras); la cocina se puede identificar también con claridad: casi 50 objetos relacionados con la elaboración de alimentos o la vida doméstica (candiles, ropa, cestos, planchas); por el contrario las habitaciones multifuncionales presentan una mayor variedad, con los diversos campos representados en grado semejante.

serrado y preparación de la madera, el mazado del maíz, la conservación de vino y el depósito de aperos agrícolas.

Uno de los fenómenos más interesantes constatados es el referente a la especialización. Parece que los trabajos que se realizan de forma "profesional" (aquellos a que se dedican más horas y de los que se obtienen mayores rendimientos) se caracterizan en el registro arqueológico por conservar una imagen del proceso de actividad completo y concentrado, mientras las labores que se realizan de forma complementaria aparecen en el registro de forma incompleta y dispersa (en una línea similar, *vid.* Baker 1975: 11). Veamos algunos ejemplos encontrados.

En Codesás (Trasdomonte) documentamos, dentro de un hórreo, un equipo casi completo de zozquero: desde los objetos utilizados para preparar la materia prima (cuero y madera), hasta aquéllos empleados en los retoques finales, pasando por elementos de calzado en proceso de elaboración. En A Graña (Figura 10), los instrumentos agrícolas (hoces, azadas, legones, gradas, yugos, *sachadeira*) aparecieron en serie completa en una habitación (pasillo de entrada) (ver otro ejemplo de la misma vivienda en la lámina 2). En Soutelo-2 (Figuras 5 y 12) descubrimos el equipo entero necesario para plantar maíz (arado, grada y *sachadeira*, con *solño* y dos yugos).

En Soutelo-1 documentamos un equipo completo de pedrero-canero, desde los *pistolos* para los bloques más grandes y bastos hasta diminutos *puntei-*



Lám. 2.- Útiles de cantero, hachas y elementos de cocina abandonados en una habitación multifuncional de A Graña.

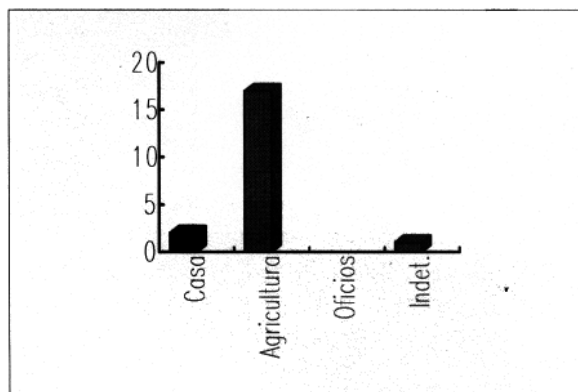


Fig. 12.- Número de objetos relacionados con el ámbito doméstico y la agricultura en Soutelo-2.

ros para culminar los detalles (en total en torno a cincuenta instrumentos). En Quintelas, una casa guardaba casi medio centenar de objetos de carpintero en una caja. Las referidas hasta ahora son actividades que sabemos practicadas por sus dueños de forma profesional y durante buena parte de su tiempo. Los equipos aparecieron en una sola habitación y en series completas. Ello no significa, no obstante, que las actividades se realizaran en las habitaciones donde aparecieron los útiles.

Por contra, en A Graña (Figura 10) tenemos útiles para trabajar el lino esparcidos por toda la casa y que cubren sólo una parte del proceso (preparación de la fibra y madejas, ya hemos indicado el papel de la mujer en la dispersión). En Soutelo-1 aparecieron sólo dos de estos instrumentos. En Alvite-2 (Figura 9) son una decena los elementos de carpintero (entre ellos un banco); que la actividad era poco especializada lo subraya el hecho de que la misma persona preparaba la materia prima (elementos de serranchín: serrones, sierras y sierra portuguesa). El mejor ejemplo de actividades poco especializadas realizadas por la misma persona lo tenemos en contexto sistémico en Quintelas. En una misma casa encontramos útiles de albañil, cantero, carpintero, agricultor y tejedor. De los cinco, sólo los dos últimos se realizaban como actividades especializadas a tiempo completo (dentro de la relatividad del término en sociedades agrícolas preindustriales).

### 6.5. Actividades de conservación y su influencia en la distorsión del registro

Se debe a Binford (1977) la importante distinción entre actitud conservativa (*curated*) y oportunista (*expedient*). La primera es la que prima en nuestro registro y llega a alcanzar niveles que, desde nuestra óptica industrial y consumista, se juzgarían absurdos. A nosotros no se nos ocurriría guardar durante cincuenta años un útil que no utilizamos. En Quintelas, Codesás, Barro (Cerdedo) encontramos arados de madera que habían perdido su utilidad en la inmediata

posguerra. Si sabemos que determinado útil fue dejado de usar en determinado momento y como arqueólogos quisieramos datar un yacimiento mediante tal analogía podríamos encontrarnos con un error de medio siglo o más. Se llega en ocasiones a casos extremos de conservación: así el raro *besadoiro* (arado pesado) de Quintelas, un apero de grandes dimensiones y cuyo uso desapareció de la zona probablemente antes de la Guerra Civil. El dueño no se decidió a quemarlo hasta 1997. En Cerdedo una familia conservaba una grada de madera inútil para el trabajo (medio podrida y con sólo tres dientes). Cabría pensar en un vínculo sentimental, pero éste, si existe, es a todas luces negativo. Se ven estos objetos como símbolo de esclavitud y sometimiento a la tierra (Lámina 3).

La posible explicación la recibimos en una aldea de Irixo (Arnelas), donde se nos dijo que tenían todos los aperos guardados y que no se deshacían de ellos. A nuestra pregunta de por qué conservar algo que no se usa, nos respondieron diciendo que tenían miedo a que volvieran tiempos pasados. Ese temor a la vuelta de la penuria (motivado en última instancia por la dependencia que el campesino tiene de las circunstancias ambientales) lo constatamos en muchas entrevistas con gentes de la comarca. Sin embargo, se trata sólo de parte de la explicación. Nadie guarda un arado medio podrido por si tiene que utilizarlo algún día. Existe también la resistencia a deshacerse de objetos que han costado un precio o un esfuerzo. Por otro lado, nos encontramos con el amor hacia la obra salida de las propias manos o aquella ligada especialmente a su dueño. Así, el apero más preciado —dentro de la repulsa general hacia éstos— es el yugo; precisamente una de las pocas piezas decoradas del inventa-



Lám. 3.- Actividad conservativa y deuda simbólica: tres carros, dos gradas, dos arados de vertedera, un arado romano, dos sementaderas y dos "solifos" inútiles en un cobertizo tradicional de Badaolo (Trasdomonte).



rio material gallego y donde suelen camppear las iniciales de su poseedor. Es habitual, sin embargo, encontrar los yugos en las leñeras, como una madera más para quemar. No obstante, y contra lo que nos señala la lógica, el hecho de colocar los yugos en los montones de leña no significa un final cercano. En Vilariño, en 1996, localizamos dos viviendas con yugos entre montones de madera. En el verano de 1998 aún no habían sido quemados.

Una de las principales actividades conservativas es la que afecta a los materiales de vidrio. En la comarca no hay hornos cerámicos: los recipientes provienen en su mayoría de alfares ourensanos (Niñodagua) a unos ochenta kilómetros de la región. Es pues un material escaso y preciado, que explica la pervivencia de la vajilla de madera (Deetz señala para los Estados Unidos del siglo XVIII la abundancia de metal y madera ante la escasez de cerámica, 1996: 79-80). Que nos encontramos ante un material de valor lo demuestra la aparición de dos vasijas de Niñodagua rotas pero conservadas en la habitación 5 de A Graña (alacena/almacén). Son hechos como éste los que nos permiten acercarnos a la idea de valor en las sociedades preindustriales.

La necesidad de disponer de recipientes a bajo coste conduce a la reutilización del vidrio. Hemos podido observar la reutilización del cristal en contexto sistémico (Barro, Cerdedo, donde la dueña de la vivienda guardaba varias cajas con tarros en el desván de su casa, lámina 4). La posibilidad de reutilización del cristal podría ser la clave explicativa de algunos casos de arqueología moderna: por ejemplo, en las plantaciones danesas de Ghana, donde se sabe que hubo hospitales pero no han aparecido botes de medicinas, sólo botellas de bebidas alcohólicas (Bredwamensah y Crossland 1997: 65). También en el caso expuesto por Leone *et al.* (1997: 114): el problema resulta, esta vez, la abundancia de recipientes medicinales. En nuestros edificios aparecen decenas de botellas de cristal, casi exclusivamente de bebidas alcohólicas, y distribuidas prácticamente por todas las habitaciones, con concentración en las cocinas. Es probable que en ocasiones no se les haya podido encontrar una utilidad a estos recipientes, pero cuesta desprenderse de un objeto alógeno, industrial, imposible de reproducir en el ámbito doméstico y cuya adquisición ha supuesto un coste económico. Rothschild *et al.* (1993: 134) advierten un número especialmente alto de contenedores vacíos en los edificios que investigaron. Su abundancia viene dada no por la materia en que están realizados sino por sus amplios y variados usos (algo que explica también la proliferación de recipientes en los casos arqueológicos vistos y en el nuestro propio).

Probablemente, el mejor reflejo material de la actividad conservadora sean los corrales, patios y



Lám. 4.- Actividad conservativa: botes de cristal en una caja (abajo a la izquierda). Actividad conservativa y deuda simbólica: "ripo" para el lino, arcones antiguos y yugo (Barro, Cerdedo).

alrededores de las casas (*backyard dumps*: Schiffer 1987: 44). Mientras están en uso, se amontonan los más diversos tipos de chatarra, leña, materiales de construcción (piedra, teja, ladrillo), etc. De todos ellos, los materiales más conservados son quizá los metálicos (hierro) por su tradicional escasez en Galicia y especialmente en el medio rural: buena muestra de ello son las docenas de rejas de arado romano que hemos descubierto en casas abandonadas (*cf.* su reutilización en Liste 1991: 249), pero en general se puede aplicar a cualquier materia sintética o alógena. Tal actitud conservadora ha sido observada en otros lugares (Hayden y Cannon 1983); Schiffer señala, acertadamente, que estos materiales no se pueden calificar con propiedad de desecho (Schiffer 1987: 44). Hayden y Cannon (1983: 131) afirman que "cuanto mayor es el potencial de valor futuro, más tiempo se conserva". En todo caso debe de tenerse en cuenta, siempre, que la idea de "valor" es relativa culturalmente, lo cual condiciona todas las prácticas conservativas (Moore 1982: 76).

Los depósitos de "material reciclable" se identifican raramente en los alrededores de viviendas abandonadas (por ejemplo A Graña, pero ya con ele-



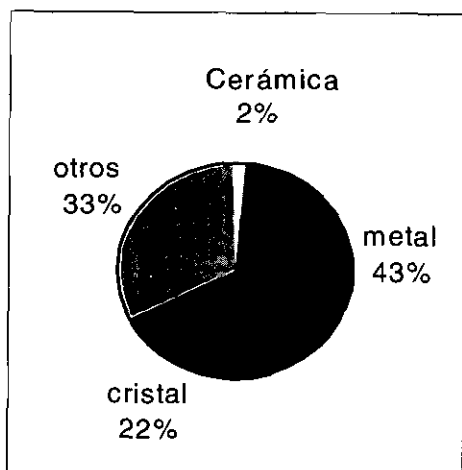


Fig. 13.- El inventario de Soutelo-1 es buen reflejo de las actividades conservativas, así como del escaso uso de la cerámica en la comarca.

mentos industriales, como chatarra de coche). Pensamos que los objetos que parecían reutilizables se guardarían sobre todo en el interior de los edificios. Muchos de los materiales de viviendas deshabitadas, como Soutelo-1 (Figuras 3 y 13), tenían gran cantidad de útiles rotos o deteriorados, pero guardados en armarios y cajones. Cameron y Tomka (1993: 15-16) indican que esto es una particularidad de los abandonos permanentes: se deja lo inservible o poco útil si se piensa que no se va a volver. En nuestro caso, creemos que debe interpretarse más bien como una actividad conservativa del período pre-abandono. De hecho, en el interior de las viviendas aparece también mucho material de construcción en buen estado, sobre todo tejas y madera, y lo mismo han observado Rothschild y colaboradores (1993: 133-134).

## 7. CONCLUSIONES

“...la estructura que había dado calor y soporte a la sociedad había sufrido un colapso, y en su lugar la gente veía sólo un mundo que se volvía cada vez más complejo y que iba más allá de su control inmediato. Fue en este momento cuando se llevaron a cabo las compensaciones críticas que pueden verse en el universo material de la época, cuando el equilibrio y el orden –que se centran en el individuo– asumen la mayor importancia” (Deetz 1996: 185). Podría ser una descripción de la Galicia de 1970, pero se trata de Estados Unidos doscientos años antes.

A partir de los años 70 se produce en Galicia, como poco antes en otras partes de España, un cambio acelerado que lleva a una sociedad con rasgos del Antiguo Régimen al mundo capitalista e industrial. En el caso gallego ese proceso es más violento por la particularidad de la zona, económicamente mucho más atrasada y atada a unos usos sociales ancestrales que

no acababan de desaparecer. Esto es algo, con todo, que todavía se observa en estos momentos en distintos lugares del mundo; Lee Kuan Yew decía refiriéndose al Oriente Asiático: “somos sociedades agrícolas que se han industrializado en una o dos generaciones. Lo que en Occidente sucedió a lo largo de 200 años o más está sucediendo aquí en 50 años o menos, de modo que forzosamente tienen que producirse dislocaciones o disfunciones” (cit. en Huntington 1997: 115).

La mentalidad de un campesino de 1920 no distaba mucho de la de uno de 1520 (en este sentido, la obra de Saavedra sobre el Antiguo Régimen en Galicia se alarga en el tiempo hasta las primeras décadas de nuestro siglo). La de un joven aldeano de 1970 tendrá ya bastante poco que ver con la de sus ancestros. Entre ambas fechas se ha producido un fenómeno fundamental que está en la raíz de los abandonos objeto de nuestro estudio: la emigración. La emigración sirve de puente mental para unir dos mundos contrapuestos. Desde fines del siglo pasado los gallegos observan realidades radicalmente diferentes a aquellas en que viven, en cartas de los emigrantes o en sus charlas a la vuelta, que magnifican la Jauja tecnificada y ubérrima del Nuevo Mundo (Álvarez Campos 1995: 124-125). Las minuciosas y exageradas descripciones de los países de Ultramar, los primeros objetos que de allá llegan, las fotografías, algún diario, más tarde la radio y el cine, “abren los ojos” del campesino, que comienza a ser consciente de su pobreza, de su atraso, de su sumisión a las servidumbres de la aldea (Mato 1984: 55). En general el vehículo de comunicación entre ambos mundos es la cultura material: se alaban los automóviles y no la democracia, por poner un ejemplo. Ese “diálogo entre civilizaciones” es el primero que se suele producir, aunque lo material no sea, en ocasiones, más que el soporte de las ideas.

Ese nuevo mundo es la huida del Antiguo Régimen, con todo lo que esto significa y no sólo en la esfera económica. Porque la importancia de los factores cognitivos relacionados con la emigración es tal, que se ha llegado a decir, para otro caso de migración como es el de los dogón de Mali, que “el objetivo económico, conseguir una gruesa suma, es secundario” y la racionalidad de la migración en tal sentido resulta “dudosa” (Petit 1997: 533-34), pese a ser los habitantes de Mali infinitamente más “pobres” que los gallegos (sobre los aspectos cognitivos de la emigración, ver también Maloka 1997).

Una vez que se consigue huir del Antiguo Régimen, bien mediante la emigración a Ultramar, bien mediante el éxodo a la ciudad o la tecnificación del campo, se observa el pasado como una lacra de la que es necesario renegar. Ese odio hacia lo propio y el amor a lo nuevo, a lo que le ha permitido triunfar, se expresa en diferentes campos. Uno claro es la lengua:

el rechazo del gallego, “lengua bruta”, y la adopción del castellano, como “lengua de status”, pues ocurre que “modificar la forma de hablar es modificar lo que, para nuestros propios propósitos, somos” (Rorty 1991: 40). Otro es el olvido de los usos tradicionales, las costumbres heredadas y la adhesión a las observadas en los lugares desarrollados.

Por lo que a nosotros respecta, la cultura material es fiel testigo de este cambio. Se abandonan los hogares ancestrales, las viviendas de piedra en que la mayoría nacieron, y se edifican chalets de estilo americano o suizo en lugares prominentes, lejos del núcleo tradicional aldeano y agrícola. Se impone el edificio individual, separado del resto mediante setos o vallas (un nuevo sentido de territorialidad), con habitaciones inútiles, donde los espacios de ocio desbancan a los de trabajo, donde la fachada es más importante que el interior. O bien se enmascara la casa natal, se la transforma en un edificio moderno. Dentro de las viviendas, los espacios de sociabilidad cambian: la cocina deja de ser el centro y el salón pasa a ocupar su función (ya hemos visto el caso de A Graña).

Los objetos muebles del Antiguo Régimen son arrinconados y olvidados, pero no se descartan. La mentalidad conservadora campesina no desaparece en el marasmo modernizador. Los aldeanos han vivido momentos muy duros de dependencia de la tierra y de sus manos, y temen que la riqueza actual pueda desaparecer y sea necesario recurrir nuevamente al arado. Sin embargo, esta actitud tiene mucho de simbólico y prácticamente nada de funcional, como pudiera pensarse. Si la creencia en el “eterno retorno” estuviese basada en presupuestos económicos, los antiguos instrumentos se mantendrían en buen estado. Esto raramente sucede: ni se destruyen ni se conservan, de tal forma que parece existir una especie de deuda simbólica con el pasado. En el fondo, la actitud es profundamente antieconómica, como ya hemos señalado.

El abandono de los edificios con inventarios extensos de cultura material se puede entender en este mismo sentido. Fotografías, cartas o yugos son parte del mismo mensaje histórico de connotaciones negativas que no interesa recibir. Estas actitudes de “historicidio” aplicado a uno mismo se explican en el marco de rápida fractura en que se produjo el cambio hacia el mundo moderno en la zona. En las sociedades donde la fractura no ha existido, el odio al ayer se sustituye por respeto o incluso veneración, reflejado, igualmente, en la relación con la cultura material: es raro el pueblo francés donde los antiguos aperos de labranza no aparezcan expuestos como gloriosas reliquias en los jardines de las casas de los agricultores actuales. En esta línea sin fractura, Deetz (1996) presenta el cambio no traumático de los Estados Unidos en el siglo XVIII. El problema de la zona que estudiamos es que la misma transformación que se operó en Fran-

cia o en América a lo largo del siglo XVIII y primer tercio del siglo XIX, en algunas zonas de Galicia tuvo lugar de forma súbita en los años 70 y 80. Desde el punto de vista material no se produjo la habitual, progresiva e inconsciente sustitución de una “moda” por otra (Deetz 1996: 185-186), sino la aniquilación excepcional, rápida y consciente de la anterior. Una *damnatio memoriae* de un pueblo contra sí mismo, contra su pasado.

Si queremos entender la evolución de la sociedad gallega a lo largo del siglo XX y no atendemos a su relación con la cultura material, es probable que perdamos muchas claves importantes de comprensión del fenómeno. A tenor de tal relación podríamos concluir que ni la pobreza del pasado fue tan aguda ni el bienestar presente tan espléndido. Lo ideológico juega un papel de primera importancia y, como ha señalado repetidas veces la corriente post-procesual en arqueología (Shanks y Tilley 1982; Parker Pearson 1993), se utiliza frecuentemente para enmascarar (o interpretar) la realidad (y no sólo en contextos funerarios). En la relación metafórica con el pasado muchas relaciones se cambian y tergiversan. La hipérbole es, por ejemplo, elemento recurrente. Es hipérbole el edificio fastuoso en la aldea perdida y mísera y es hipérbole la estigmatización de un pasado que se reduce al arado y el yugo.

Es evidente que los actuales habitantes del campo gallego están negociando su pasado, lo están redescubriendo, de la misma manera que el historiador reescribe (interpreta) los acontecimientos pretéritos para entenderlos mejor: “Los mismos actores son los primeros (...) en ver lo que ha sucedido a través de la retórica de lo que se piensa que ha sucedido” (Veyne 1972: 243). Se manejan diferentes episodios del pasado —materialmente reflejados en el arado o la camisa de lino— para “crear un yo presente al que podamos respetar” (Rorty 1991: 53). Juan Benet, consciente del proceso de construcción de la historia propia a partir del momento actual, escribió que “el hombre lleva a cabo ese esfuerzo intelectual gracias al cual una trayectoria elegida por el instinto es justificada a posteriori por la reflexión” (1974: 235). Para el yo presente, el azar no existe, todo tiene sentido y ahí están los mejores testigos, los mudos objetos, que pueden ser interpretados a nuestra voluntad. Rorty (1991: 27) afirma, refiriéndose a los revolucionarios del siglo XVIII, que lo que vislumbraban entonces era “la posibilidad de hacer que cualquier cosa pareciera buena o mala, importante o insignificante, útil o inútil, redescubriéndola”. En el caso de los filósofos y los poetas se usó el lenguaje escrito de las novelas, ensayos o poemas, pero cuando observamos a las sociedades campesinas, la “redescubierta” debemos buscarla sobre todo en metáforas materiales, pues los pueblos cuyo principal vehículo de expresión no es la escritura narran su His-

toria a través de los objetos y la relación que con ellos tienen, de la misma forma que nosotros la escribimos con palabras.

Deetz (1991: 4) dice que si fuéramos capaces de entender el significado de los objetos tal como fueron pensados y usados, podríamos llegar a entender mejor la Historia. Nosotros creemos que para que la comprensión sea aún mayor habría que añadir al pensamiento y al uso un factor fundamental: el abandono.

## AGRADECIMIENTOS

El profesor Dr. Víctor M. Fernández Martínez, gracias a su interés y paciencia, ha supuesto una ayuda fundamental en la realización de este trabajo. La Dra. Carmen Ortiz leyó varias versiones previas y me hizo matizar (cuando no abandonar) algunas ideas. Mención especial merecen todos aquellos habitantes de Terra de Montes que han hecho posible este trabajo: los informantes que me introdujeron en el Antiguo Régimen y las personas que me facilitaron el acceso a sus casas. Me siento especialmente en deuda con la gente de Trasdormonte, cuyas vivencias de otra época nunca se han negado a compartir.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGORSAH, E.K. (1985): Archaeological implications of traditional house construction among the Nchumuru of Northern Ghana. *Current Anthropology*, 26: 193-215.
- ÁLVAREZ CAMPOS, J.R. (1995): Mentalidad de partida del emigrante gallego a Cuba (1880-1930). La idea de América. *Miniús*, 4: 123-131.
- ASCHER, R. (1968): Time's Arrow and the Archaeology of a contemporary community. *Settlement Archaeology* (K. C. Chang, ed.). National Press Books, Palo Alto: 43-52.
- AZNAR EMBID, S. (1930): *Despoblamiento y emigración*. Labor, Barcelona.
- BAER, R.D. (1991): Cultural factors affecting household refuse. *The Ethno-archaeology of refuse disposal* (E. Staski y L.D. Sutro, eds.), University of California Press, Berkeley: 5-12.
- BAKER, C.M. (1975): Site abandonment and the archaeological record: An Empirical Case for Anticipated Return. *Arkansas Academy of Science Proceedings*, 29: 10-11.
- BARKER, P. (1986): *Understanding archaeological excavation*. Batsford, Londres.
- BENET, J. (1974): *Volverás a Región*. 2ª ed., Alianza, Madrid.
- BINFORD, L.R. (1976): Forty-seven trips: A case study in the character of archaeological formation processes. *Contributions to Anthropology: the interior peoples of Northern Alaska*. *Archaeological survey of Canada* (E.S. Hall, ed.), Ottawa: 299-351.
- BINFORD, L.R. (1977): Forty-seven trips: A case study in the character of some formation processes of the archaeological record. *Stone Tools as cultural markers* (R.V.S. Wright, ed.). Australian Institute of Aborigin Studies, Canberra: 24-36.
- BINFORD, L.R. (1981): Behavioural archaeology and the "Pompeii premise". *Journal of Anthropological Research*, 37: 195-208.
- BREDWA-MENSAH, Y.; CROSSLAND, L.B. (1997): A Preliminary report on archaeological investigations at the Danish plantation settlements along the southeast Akuapem ridge, Ghana. *Papers from the Institute of Archaeology (London)*, 8: 59-72.
- BRETTELL, C. (1986): *Men who Migrate, Women who Wait: Population and History in a Portuguese Parish*. Princeton University Press, Princeton.
- BROGGER, J.; GILMORE, D.D. (1997): The matrifocal family in Iberia: Spain and Portugal Compared. *Ethnology*, 26 (1): 13-30.
- BROOKS, R.L. (1989): Planned versus unplanned abandonment of dwelling impact of the context of house floors. *54th Annual Meeting of the Society for American Archaeology*, Atlanta.
- BROOKS, R.L. (1993): Household abandonment among sedentary Plain societies: behavioural sequence and consequences in the interpretation of the archaeological record. En Cameron y Tomka 1993: 178-190.
- CAMERON, C.M. (1991): Structure abandonment of villages. *Archaeological Method and Theory* (M.B. Schiffer, ed.), 3, University of Arizona Press, Tucson: 74-91.
- CAMERON, C.M. (1993): Abandonment and archaeological interpretation. En Cameron y Tomka 1993: 3-7.
- CAMERON, C.M.; TOMKA, S.A. (1993): *Abandonment of settlements and regions: archaeological and ethnoarchaeological approaches*. Cambridge University Press, Cambridge.
- CANNON, A. (1983): The quantification of artifactual assemblages: some implications for behavioral inferences. *American Antiquity*, 48: 785-792.
- CRIBB, R. (1983): On-site archaeology. *Archaeological review from Cambridge*, 2 (2): 4-16.
- CUNNINGHAM, C.E. (1973): Order in the Atoni house. *Right and left: essays on dual symbolic classification* (R. Needham, ed.). University of Chicago Press, Chicago-Londres: 204-238.
- DAVID, N. (1971): The Fulani compound and the archaeologist. *World Archaeology*, 3: 111-131.
- DEAL, M. (1985): Household pottery disposal in the Maya Highlands: an ethnoarchaeological interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology*, 4: 243-291.
- DEETZ, J. (1996): *In Small Things Forgotten*. Anchor, Nueva York. 2ª ed.
- DONLEY, L.W. (1982): Swahili space and symbolic markers. *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 63-73.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (1994): Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones. *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 49: 137-139.

- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M.; FERNÁNDEZ LÓPEZ, G. (1991): El sistema TIESTO: una propuesta de análisis de los fragmentos cerámicos en excavaciones arqueológicas. *Complutum*, 1: 231-241.
- FERNÁNDEZ DE ROTA, J.A. (1994): Cosmología popular gallega. *Antropología* (C.P. Kottak, ed.), MacGraw Hill, Madrid: 408-410.
- FLORES, C. (1979): *La España Popular*. Aguilar, Madrid.
- GARCÍA LEÓN, M.A. (1996): El urbanismo o las transformaciones del campo español. *Fundamentos de Antropología*, 4-5: 221-229.
- GARCÍA MARTÍN, B. (1982): *El proceso histórico de despoblamiento en la provincia de Salamanca*. Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca.
- GIL DE BERNABÉ, X.M. (1992): *O Liño*. Ir Indo, Vigo.
- GLASSIE, H. (1975): *Folk Housing in Middle Virginia: A Structural Analysis of Historic Artifacts*. University of Tennessee Press, Knoxville.
- GONZÁLEZ REBOREDO, X.M. (1995): *Lendas Galegas de Tradición Oral*. Galaxia, Vigo.
- GRAHAM, M. (1993): Settlement organization and residential variability among the Rarámuri. En Cameron y Tomka 1993: 25-42.
- HAMMOND, G.; HAMMOND, N. (1981): Child's play: a distorting factor in archaeological distribution. *American Antiquity*, 46: 634-636.
- HAYDEN, B.; CANNON, A. (1983): Where the garbage goes: refuse disposal in the Maya Highlands. *Journal of Anthropological Archaeology*, 2: 117-163.
- HERVÉS SAYER, H.; FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, A.; FERNÁNDEZ PRIETO, L.; ARTIAGA REGO, A.; BALBOA LÓPEZ, X.L. (1997): Resistencia y organización. La conflictividad rural en Galicia desde la crisis del Antiguo Régimen al Franquismo. *Noticario de Historia Agraria*, 13: 165-193.
- HODDER, I. (1982a): *Symbols in action*. Cambridge University Press, Cambridge.
- HODDER, I. (1982b): *The Present Past*. Batsford, Londres.
- HODDER, I. (1994): *Interpretación en Arqueología. Tendencias actuales*. Crítica, 2ªed., Barcelona.
- HODDER, I. (1997): Material Culture in time. *Interpreting Archaeology* (I. Hodder; M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last y G. Lucas, eds.) Routledge, Londres-Nueva York: 164-168.
- HORNE, L. (1993): Instability in arid land settlement. Abandonment of settlements and regions. En Cameron y Tomka 1993: 50-54.
- HORNE, L. (1994): *Village spaces. Settlement and society in Northeastern Iran*. Smithsonian Institution Press, Washington y Londres.
- HUNTINGTON, S.M. (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona.
- JOHNSON, M.H. (1989): Conceptions of Agency in Archaeological Interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology*, 8: 189-211.
- JUNQUERA RUBIO, C. (1993): *Veguellina de Órbigo. Antropología, Cultura e Historia de un Pueblo Leonés*. Santiago García, León.
- KENT, S. (1984): *Analyzing activity areas: an ethnoarchaeological study of the use of the space*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- KENT, S. (ed.) (1990): *Domestic architecture and the use of space*, Cambridge University Press, Cambridge.
- KUS, S. (1997): Archaeologist as Anthropologist: much ado about something after all. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 4 (3/4): 199-213.
- KUS, S.; RAHARIJAONA, V. (1990): Domestic space and the tenacity of tradition among some Betsileo of Madagascar. *Domestic architecture and the use of space* (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 21-33.
- LANGE, F.W.; RYDBERG CH.R. (1972): Abandonment and post-abandonment behavior at a rural central american house-site. *American Antiquity*, 37 (3): 419-432.
- LAWRENCE, R.J. (1990): Public and private space: a study of urban housing in Switzerland. *Domestic architecture and the use of space* (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 73-91.
- LEONE, M. ET AL. (1997): Can an African-American historical archaeology be an alternative voice? *Interpreting Archaeology* (I. Hodder; M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last y G. Lucas, eds.). Routledge, Londres: 110-124.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1979): *Antropología Cultural de Galicia*. Akal, Madrid.
- LISTE FERNÁNDEZ, A. (1991): *Funcionalidad y estética en el Museo Etnográfico Liste*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Pontevedra, Pontevedra.
- LIZ VÁZQUEZ, A. (1991): *A emigración galega: unha aproximación desmitificadora*. Artes Gráficas, M.V., Madrid.
- LLANO LOBADO, P. DE (1980): La arquitectura popular. *Galicia Eterna*, 2, Ediciones Nauta, Barcelona: 405-456.
- LLANO LOBADO, P. DE (1996): *Arquitectura Popular en Galicia. Razón e Construcción*. COAG, Santiago de Compostela.
- LONGACRE, W.A.; AYRES, J.A. (1968): Archaeological lessons from an Apache ickiup. *New perspectives in archaeology* (S.R. Binford y L.R. Binford, eds.), Aldine, Chicago: 151-159.
- LORENZO FERNÁNDEZ, X. (1982): *A Casa*. Galaxia, Vigo.
- LORENZO FERNÁNDEZ, X. (1983): *Os Oficios*. Galaxia, Vigo.
- MALOKA, T. (1997): Khomo Lia Oela: Canteens, Brothels and Labour Migrancy in Colonial Lesotho, 1900-40. *Journal of African History*, 38 (1): 101-122.
- MATO, A. (1984): Gallegos en América, americanos en Galicia. *Indianos*. Cuadernos del Norte, Monografías, 2, Oviedo.
- MCINTOSH, R.J. (1974): Archaeology and mud-wall decay in a West African village. *World Archaeology*, 6: 154-171.
- MILLER, D. (1982): Structures and strategies: an aspect of the relationship between social hierarchy and cultural change. *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 89-98.
- MOORE, H. (1982): The interpretation of Spatial Patterning in Settlement Residues. *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 74-79.
- MURRAY, P. (1980): Discard location: the ethnographic data. *American Antiquity*, 45 (3): 490-499.
- NASH, D.T.; PETRAGLIA, M.D. (eds.) (1987): *Natural formation processes and the archaeological record*. BAR International Series 352, Oxford.
- NEEDHAM, R. (ed.) (1973): *Right and left: essays on dual symbolic classification*. University of Chicago Press, Chicago-Londres.

- PARKER PEARSON, M. (1993): The Powerful Dead: Archaeological Relationships between the Living and the Dead. *Cambridge Archaeological Journal*, 3 (2): 203-229.
- PETTIT, V. (1997): Societé d'origine et logiques migratoires. Les Dogon de Sangha. *Population*, 3: 515-543.
- RISCO, V. (1993): *Unha parroquia galega nos anos 1920-1925*. Museo do Pobo Galego, Santiago de Compostela.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, R. (1997): *La urbanización del espacio rural en Galicia*. Oikos-Tau, Barcelona.
- RORTY, R. (1991): *Contingencia ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona.
- ROTHSCHILD, N.A.; MILLS, B.J.; FERGUSON, T.J.; DUBLIN, S. (1993): Abandonment at Zuni farming villages. En Cameron y Tomka 1993: 123-137.
- SAAVEDRA, P. (1994): *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*. Crítica, Barcelona.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. (1995): *Las causas de la emigración española, 1880-1930*. Alianza, Madrid.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1982): *Del campo a la ciudad (modos de vida rural y urbana)*. Salvat, Barcelona.
- SANDERS, D. (1993): Behavioral conventions and archaeology: methods for the analysis of ancient architecture. *Domestic architecture and the use of space* (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 43-72.
- SCHIFFER, M. (1972): Archaeological context and systemic context. *American Antiquity*, 37: 156-165.
- SCHIFFER, M. (1976): *Behavioral Archaeology*. Academic Press, Nueva York.
- SCHIFFER, M. (1987): *Formation Processes of the Archaeological Record*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- SHANKS, M.; TILLEY, C. (1982): Ideology, Symbolic Power and Ritual Communication: a Reinterpretation of Neolithic Mortuary Practices. *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 129-154.
- STEVANOVIC, E. (1997): The Age of Clay: The Social Dynamics of House Destruction. *Journal of Anthropological Archaeology*, 16: 334-395.
- STEVENSON, A. (1982): Towards an Understanding of Site Abandonment Behavior: Evidence from Historic Mining Camps in Southwest Yukon. *Journal of Anthropological Archaeology*, 1: 237-265.
- STONE, G.D. (1993): Agricultural Abandonment: a comparative study in historical ecology. En Cameron y Tomka 1993: 74-81.
- THOMSON, D.F. (1939): The seasonal factor in human culture. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 36: 1-37.
- TOMKA, S.A. (1989): The Ethnoarchaeology of Site Abandonment in an Agro-pastoral Context. *54th Annual Meeting of the Society for American Archaeology*, Atlanta.
- TOMKA, S.A.; STEVENSON, M.G. (1993): Understanding abandonment processes: summary and remaining concerns. En Cameron y Tomka 1993: 191-195.
- V.V.A.A. (1989): *Pueblos deshabitados de Asturias*. Principado de Asturias: Consejería de Ordenación del Territorio, Urbanismo y Vivienda, Oviedo.
- VEYNE, P. (1972): *Como se escribe la Historia. Ensayo de Epistemología*. Fragua, Madrid.
- WATSON, P.J. (1979): *Archaeological ethnography in Western Iran*. Viking Fund Publications in Anthropology, 57.
- WILK, R.R. (1983): Little house in the jungle: the causes of variation in housing site among modern kekchi maya. *Journal of Anthropological Archaeology*, 2(2): 99-116.
- WILK, R.R. (1990): The built environment and consumer decisions. *Domestic architecture and the use of space* (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 34-42.
- WILK, R.; SCHIFFER, M.B. (1979): The archaeology of vacant lots in Tucson, Arizona. *American Antiquity*, 44: 530-536.

